

**BIBLIOTECA**

106

**DRAMÁTICA.**

**COLECCION DE COMEDIAS**

**REPRESENTADAS CON ÉXITO**

**EN LOS TEATROS**

**DE MADRID.**

Hartzenbusch.  
Rubi.  
Gil (D. Isidoro).  
Navarrete.  
Obona (D. Luis).  
Doncel (D. Carlos).  
Valladares y Gar-  
ruga.  
Bravo (D. Cefer.).  
García Gutiérrez.  
Coll (D. Gaspar).  
Tirado.  
Florentino Sanz.  
Peral.  
Asquerino (D. E-  
duardo).  
Roca Togores.  
Asquerino (D. Eu-  
sebio).  
Segovia.  
Lasheras.  
Retes.  
Gea.  
Escosura (D. Ge-  
rónimo).  
Peñalver.  
Campoamor.  
Iznardi.  
Salas y Quiroga.  
Lombia.  
Hurtado (D. Ant.).  
Cañete.

Pa.ac os y Toro.  
Pina  
Salgado.  
Tejado.  
Larrañaga.  
Pezuela.  
Alfaro.  
Elipe.  
Godoy.  
Escosura (D. Nar-  
ciso).  
Valladares y Saa-  
vedra.  
Lumbreras.  
Mayoli.  
Montemar.  
Diaz (D. José).  
Canseco.  
Diaz (D. Juan).  
Azcutia.  
Diana.  
Alba.  
Barroso.  
Cerro.  
Rosa.  
Calvo.  
Franquelo.  
Gutierrez de Alba.  
Vera (Doña Joa-  
quina).  
Doncel (D. Juan).  
Aguilera.



A un tiempo hermana y amante, t. 1.	2	2	Donde las dan las toman, t. 1.	3	3	El Ciego, t. en 1.	2	3
Ansias matrimoniales, o. 1.	2		De dos a cuatro, t. 1.	4	1	El cardenal Richelieu, o. 4.	2	9
A las máscaras en coche, o. 3.	4	4	Dos noches, t. 2.	3	2	El Duque de Altamura, t. en 3.	3	10
A tal accion tal castigo, o. 5.	1	5	Dieguiyo pata de anafre, o. 1.	2	4	El Dineroll t. 4.	3	14
Azares de la privanza, o. 4.	3	4	Dos muertos y ninguno difunto, t. 2.	2	5	El Doctoreito, t. 1.	6	2
Amante y caballero, o. 4.	2	11	De una afrenta dos venganzas, t. 5.	4	16	El Demonio familiar, t. 3.	3	4
A cada paso un acaso, el caballero,	5	4	D. Beltran de la Cueva, o. 5.	2	7	El Diablo en Madrid, t. 5.	2	7
Amor y Patria, o. 5.	2	10	Don Fadrique de Guzman, o. 4.	3	5	El Desprecio agradecido, o. 5.	4	5
A la misa del gallo, o. 2.	3	5	Dina la gitana, t. 3.	4	8	El Diablo enamorado, o. 3.	3	21
Amor imposibles vence, ó la rosa encantada, o. 3. Mágia.	5	19	Demonio en casa y ángel en socie- dad, t. 3.	4	3	El Diablo son los nietos, t. 1.	2	3
Asi es la mia, ó en las máscaras un mártir, o. 2.	3	2	Dicha y desdicha, t. 1.	2	5	El Derecho de primogenitura, t. 1.	3	3
Actriz, militar y beata, t. en 3.	3	9	Dos familias rivales, t. 1.	3	8	El Doctor Capirote, ó los curande- ros de antaño, t. 1.	1	6
Al pié de la escalera, t. en 1.	3	5	D. Fernando de Sandoval, o. 5.	2	8	El Diablo nocturno, t. 2.	5	3
Arturo, ó los remordimientos, t. 1.	2	4	D. Carlos de Austria, o. 3.	2	10	El Diablo y la bruja, t. 3.	2	9
Al asalto t. 2.	6	9	Dos lecciones, t. 2.	3	2	El Doctor negro, t. 4.	4	4
Angel y demonio ó el Perdon de Bretaña, t. 7 cuadros.	5	12	Dividir para reinar, t. 1.	1	3	El delator ó la Berlina del Emi- grado, t. 5.	3	16
A mentir, y medraremos, o. 3.	4	7	Esmeralda ó Ntra. Sra. de París, t. 5.	5	11	El Espósito de Ntra. Sra. t. 1.	1	6
A perro viejo no hay tus tus, t. 3.	5	11	Enriqueta ó el secreto, t. 3.	2	6	El Españolito, o. 3.	3	8
Abogar contra si mismo, t. 2.	2	5	Elisa, o. 3.	2	4	El enamorado de la Reina, t. 2.	3	5
A mal tiempo buena cara, t. 1.	4	6	Enrique de Valois, t. 2.	2	10	El eclipse, o. 3.	2	7
Amor y farmacia, o. 3.	2	4	Efectos de una venganza, o. 3.	2	8	El Espectro de Herbesheim, t. en 1.	3	6
Alberto y German, t. 1.	4	2	Entre dos luces, zarz. o. 1.	2	4	El Favorito y el rey, o. 3.	1	6
Andrés el Gambusino ó los buscado- res de oro, t. 5.	3	9	Estela ó el padre y la hija, t. 2.	1	4	El fastidio ó el conde Berford, t. 2.	1	5
Amor y ambicion, ó el Conde Her- man, t. 5.	2	14	En poder de criados, t. 1.	3	2	El guarda-bosque, t. 2.	3	4
Amor de padre, o. 2.	2	3	Espanoles sobre todo (2.ª pte.) o. 3.	2	12	El Guante y el abanico, t. 3.	3	3
Alfonso el Magno, ó el castillo de Gauzon, o. 3.	2	10	En la falta vá el castigo, t. 5.	3	8	El galan invisible, t. en 2.	3	5
	2	10	Engaños por desengaños, o. 1.	2	4	El Hijo de mt muger, t. 1.	2	3
	2	10	Estudios históricos, o. 1.	2	5	El Hermano del artista, o. 2.	3	11
	2	10	Es el demonio!! o. 1.	2	3	El Hombre azul, o. 5 cuadros.	3	10
	2	10	En la confianza está el peligro, o. 2.	3	4	El Honor de un castellano y deber de una muger, o. 4.	2	10
	2	8	Entre cielo y tierra, o. 1.	2	3	El Hijo de su padre, t. 1.	3	6
	2	8	En paz y jugando, t. en 1.	2	3	El Himeneo en la tumba, ó la hechí- cera, o. 4. Mágia.	4	7
	2	8	Enrique de Trastamara, ó los mi- neros, t. en 3.	3	9	El Hechicero ó el novio y el mono t. 2.	2	9
	2	8	Es un niño! t. en 2.	4	7	El Hijo de Cromwell, ó una restau- racion, t. en 5.	2	10
	2	8	El Andaluz en el baile, o. 1.	2	3	El Hijo del emigrado, t. en 4.	2	10
	2	8	El Aventurero español, o. 3.	2	8	El hombre complaciente, t. 1.	3	5
	2	8	El Arquero y el Rey, o. 3.	3	12	El hijo de todos, o. 2.	2	3
	2	8	El Agiotage ó el oficio de moda, t. 5.	2	10	El hombre cachaza, o. 3.	3	4
	2	8	El Amante misterioso, t. en 2.	3	6	El heredero del Czar, t. 4.	2	10
	2	8	El alguacil mayor, t. 2.	2	5	El Idiota ó el subterráneo, t. 5.	4	11
	2	8	El amor y la musica, t. 3.	2	4	El Ingeniero ó la deuda de honor, t. 3.	2	5
	2	8	El anillo misterioso, t. 2.	4	5	El Lazo de Margarita, t. 2.	4	4
	2	8	El amigo intimo, t. 1.	2	3	El Leñador y el ministro, ó el tes- tamento y el tesoro, 6 cuadros.	7	12
	2	8	El artículo 960, t. 1.	2	3	El licenciado Vidriera, o. 4.	2	7
	2	8	El Angel de la guarda, t. 3.	3	8	El Maestro de escuela, t. 1.	3	4
	2	8	El artesano, t. 5.	3	8	El Marido de la Reina, t. 1.	2	5
	2	8	El Anillo del cardenal Richelieu, ó los tres mosqueteros, t. 5.	8	7	El Mudo por compromiso ó las emo- ciones, t. 1.	3	3
	2	8	El baile y el entierro, t. 3.	2	8	El Médico negro, t. 7 cuadros.	4	12
	2	8	El campanero de San Pablo, t. 4.	2	4	El Mercado de Londres, t. id.	4	12
	2	8	El contrabandista sevillano, o. 2.	3	10	El Marinero, ó un matrimonio re- pentino, o. 1.	3	5
	2	8	El Conde de Bellasfor, o. 4.	4	8	El Memorialista, t. 2.	4	4
	2	8	El cómico de la legua, t. 5.	3	10	El marido de dos mugeres, t. 2.	2	3
	2	8	El Cepillo de las ánimas, o. 1.	2	6	El marqués de Fortville, o. 3.	2	7
	2	8	El cartero, t. 5.	3	10	El mulato, ó el caballero de S. Jor- ge, t. 3.	4	11
	2	8	El cardenal y el judío, t. 5.	3	12	El marino, t. 5.	2	8
	2	8	El clásico y el romántico, o. 1.	2	3	El marido de la favorita, t. 5.	2	11
	2	8	El caballero de industria, o. 3.	3	4	El Médico de su honra, o. 4.	4	6
	2	8	El capitán azul, t. 3.	3	4	El Médico de un monarca, o. 4.	1	9
	2	8	El ciudadano Marat, t. 4.	3	18	El Marido desleal, ó quien engaña á quien, t. en 3.	2	3
	2	8	El confidente de su muger, t. 1.	2	4	El mercado de San Pedro, t. 5.	4	9
	2	8	El Caballero de Griñon, t. 2.	2	4	El naufragio de la fragata Medusa, t. 5.	3	11
	2	8	El Corregidor de Madrid, t. 2.	2	4	El Nudo Gordiano, t. 5.	3	6
	2	8	El Castillo de S. Mauro, t. 5.	3	10	El Novio de Buitrago, t. 3.	4	6
	2	8	El Cautivo de Lepanto, o. 1.	1	4	El Novicio, ó al mas diestro se la pegan, t. en 1.	2	5
	2	8	El Coronel y el tambor, o. 3.	3	4	El noble y el soberano, o. 4.	2	8
	2	8	El Caudillo de Zamora, o. 3.	3	7	El oso blanco y el oso negro, t. 1.	1	6
	2	8	El Conde de Monte Cristo, 1.ª pte. 10c	4	16	El Pacto con Satanás, o. 4.	2	10
	2	8	Idem segunda parte, t. 5.	3	17			
	2	8	El conde de Morces, tercera parte del Monte-Cristo, t. 7 cuadros.	2	12			
	2	8	El Castillo de S. German, ó delito y espiacion, t. 5.	7	9			
	2	8	El Ciego de Orleans, t. 4.	2	9			
	2	8	El Criminal por honor, t. 4.	2	6			
	2	8	El Cardenal Cisneros, o. 5.	4	11			



# LEOPOLDINA DE NIVARA.

Drama en tres actos, arreglado á la escena española por D. Juan Belza, representado con extraordinario aplauso en el teatro de Variedades, la noche del 6 de julio de 1856.

- |  |                     |
|--|---------------------|
| <b>PERSONAS.</b>                                     | <b>ACTORES.</b>     |
| LEOPOLDINA DE NIVARA, condesa de Monte-Sagrado ..... | Sra. M. Martinez.   |
| TERESA .....   | Sta. M. Vargas.     |
| MARIA .....  | Sra. N. Morales.    |
| DON ALFREDO DE SANDOVAL .....                        | Sr. F. J. de Coria. |
| DON FEDERICO DE TOLEDO .....                         | Sr. F. Gomez.       |
| DON JACOBO ACUÑA (médico) .....                      | Sr. C. Hernandez.   |
| PEDRO .....  | Sr. J. Córcoles.    |
| EL CONDE DE CASA-ROBLES .....                        | Sr. A. Mare.        |
| DON EMILIO DE URRUTIA .....                          | Sr. E. Hernandez.   |
| DON LUIS DE BUSTAMANTE .....                         | Sr. R. Benedi.      |
| ANTONIO .....  | Sr. J. Rodriguez.   |
- Convidados de ambos sexos, y acompañamiento.

Por un favor especial al autor y á la empresa, el señor don Francisco Gomez, se ha encargado del papel de don Federico de Toledo.

## ACTO PRIMERO.

Los baños de Cestona. Sala general de la hospederia. Puerta en el fondo. Grandes ventanas laterales en el fondo, que dejan ver un risueño paisaje. Puertas laterales en primero y segundo término.

### ESCENA PRIMERA.

PEDRO y TERESA; poco despues el DOCTOR; Teresa arregla los muebles tarareando una cancion. Pedro está acabando de limpiar una carabina.

TER. Mira, mira, Pedro. Ya baja por la montaña. Es todo lo que se llama un buen mozo!

PED. Y sobre todo, famoso cazador, que no gasta la pólvora en salvas. Vaya una punteria! En diez leguas á la redonda no hay quien pueda competir con él. Y qué armas tiene! Observa que carabina! (enseñándola la carabina.) Es una obra maestra! Seguro estoy de que está fabricada en Inglaterra! (coloca la carabina en un rincon; el Doctor entra en la sala con un periódico en la mano.)

TER. El Doctor!

DOC. No han vuelto aun?

PED. No señor.

DOC. La señora condesa, segun creo, salió á caballo con ellos, con el objeto de dar un paseo?

PED. Y en un corcel que piafaba admirablemente! Al montar á caballo la oi que decia: «á la venta de Azpeitia, señores,» y partieron al galope.

DOC. Azpeitia está muy lejos de aqui?

PED. Ca!.. no señor; un paseito muy corto.

TER. Cinco cuartos de legua todo lo mas.

DOC. Al diablo con vuestros paseitos cortos! El diminutivo es lo que mas me agrada! (se sienta en el sofá y continúa la lectura del periódico.)

TER. Pedro!.. (parece escuchar y asomándose á la ventana.) Pronto... á la puerta. Un nuevo viagero acaba de apearse.

PED. Voy volando. (al salir aparece ya en el dintel don Federico, fatigado y cubierto de polvo.)

### ESCENA II.

Dichos, FEDERICO.

FED. La señora condesa de Monte-Sagrado?

PED. Ha salido, caballero.

FED. Está bien... Dadle un pienso á mi caballo, porque deseo partir dentro de breves momentos. (se deja caer sobre una butaca. Pedro sale por el fondo y Teresa por la izquierda.)

DOC. Federico! (levantándose.)

FED. Mi querido Doctor! (se abrazan.)

DOC. Vos en los baños de Cestona? Que casualidad!

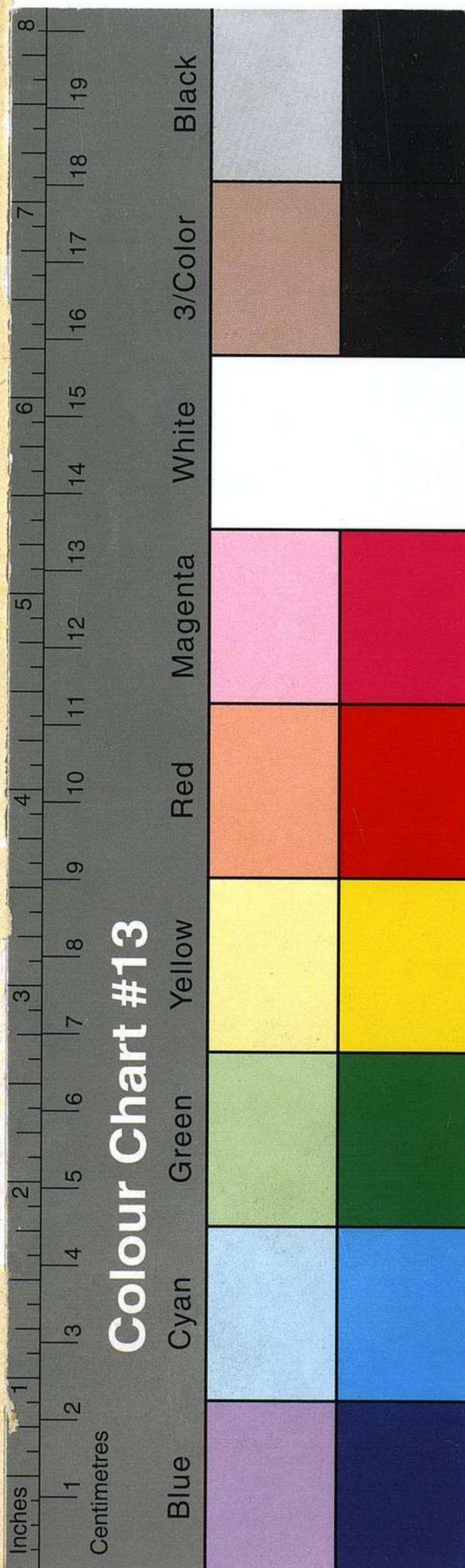
FED. No, doctor, no es casualidad. Mi venida tiene un objeto, y hallándose aqui la condesa, debiais adivinar lo tambien.

DOC. Conque, por lo visto, continuais amando á la bella Leopoldina de Nivara, á la noble condesa de Monte-Sagrado?

FED. Que si la amo! El dia en que la vi por primera vez, hace un año todo lo mas, comprendi que esa mujer encantadora seria dueña absoluta de mi existencia.

DOC. De veras?

FED. Inmóvil y extasiado quedé al contemplar tantos atractivos. Mis ojos la siguieron á todas partes, y mi boca no se atrevió entonces á pronunciar una sola pa-



labra, pero ella me comprendió sin duda, porque al pasar á mi lado, y despues de haberme dirigido una de esas miradas dulces y penetrantes con las que sabe conmover los corazones, dejó caer á mis pies su precioso abanico! Comprendéis ahora, Doctor?

Doc. Perfectamente; pero yo no veo en todo eso nada que no sea muy natural. Lo que me referis sucedió, si la memoria no me es infiel, en el baile de la baronesa del Sauce... Un martes era, mal día por cierto, si hemos de creer en agujeros. Despues, como la condesa tiene costumbre de recibir todos los miércoles, os hicisteis presentar por un amigo, y pudisteis de este modo devolver el abanico á su legítima propietaria. Como os llamais Federico de Toledo, y por vuestra clase sois bien recibido en la sociedad, naturalmente Leopoldina os ofreció su casa, invitandoos á frecuentar su tertulia particular de todas las noches, y por consecuencia, la general con que nos favorece cada quince dias; os permite que la acompañeis á paseo algunas veces, y finalmente, os ofrece un asiento en su palco siempre que asi lo deseais. Qué tal, estoy bien enterado?

FED. Y quién os ha dicho?..

Doc. A mi? Nadie; pero soy un observador bastante original. Me habeis dado el primer capítulo, ó sea el prólogo, y yo he compuesto la continuacion de la novela, nada mas sencillo. Comprendo tambien que puede amarse á la condesa con delirio, con frenesi... y disculpo el entusiasmo que produce. Bella, joven, rica y viuda, es un tesoro que necesariamente ha debido tentar á muchos. Y qué pensais hacer?

FED. Al presente, Doctor, soy dueño de mi fortuna; libre y sin familia.

Doc. Sin familia? Creia que teniais un hermano?

FED. Mi hermano Fernando está en la India. Cuando le conocí era yo aun muy niño. El mismo día que fui admitido en el colegio de marina en la isla, se embarcaba él en Cádiz para este largo viaje.

Doc. Despues de haber observado una conducta bastante reprehensible, y haber hecho mil calaveradas.

FED. Le conocisteis?

Doc. A él no, pero sí á varios de sus acreedores.

FED. Mi padre los pagó á todos, Doctor. Pues bien, desde aquella época, mi hermano no ha vuelto á España, ni hemos podido tampoco adquirir noticias suyas. Hizo fortuna ó pereció? Este es un secreto para nosotros. Dios quiera haberle dado el arrepentimiento por lo mucho que hizo llorar á nuestra pobre madre! Pero... la condesa no vuelve, y... (*impaciente.*)

Doc. En este momento galopa al través de los floridos campos, seguida de sus adoradores de costumbre.

FED. Qué decis? (*frunciendo el ceño.*)

Doc. (*sonriendo.*) Tambien celoso? Es una mala cualidad, os lo prevengo. Pero no hayais miedo; la condesa conserva su corte de buenos amigos, pero amantes ni uno solo.

FED. Gracias, Doctor! No sabeis cuanto bien me producen vuestras palabras. (*estrechándole la mano.*)

### ESCENA III.

Los mismos, PEDRO, y despues ALFREDO; en seguida TERESA.

PED. Ya está aqui! Ya está aqui!

Doc. Quién?

PED. Toma!.. El señor don Alfredo de Sandoval, el primer cazador de todos los alrededores. Miradle.

ALF. (*entrando.*) Uf! qué calor!.. Vamos, Teresa... pronto á la bodega. Me estoy muriendo de sed. (*entrega la carabina y los arreos de caza á Pedro.*)

TER. Voy corriendo, señor. Y qué vino quereis que suba?

ALF. Nada de vino... una botella de rom, otra de agua de nieve y dos vasos. Ese es un refresco magnífico! (*Teresa sale por la izquierda. Alfredo, despues de saludar al Doctor y Federico, se sienta al lado de la mesa de la derecha; saca una petaca muy elegante, enciende un cigarro y fuma.*)

FED. (*ap., al Doctor.*) Quién es este hombre?

Doc. Un original que pasa su vida trepando cerros y vericuetos en busca de las perdices, con riesgo eminente de romperse la cabeza el mejor día. Se llama don Alfredo de Sandoval, y segun parece es inmensamente rico; no sé nada mas. Pero, volviendo á nuestra interrumpida conversacion; sabeis que la condesa tendrá mucho placer en volveros á ver?.. Si no me engaño, la vispera de su partida teniais pendiente un desafio?

FED. Si, efectivamente, con Carlos de Montemar.

Doc. Diab!o! Un adversario harto peligro con su guardia italiana, y su gran reputacion de consumado tirador.

FED. Pues dejó de ser peligroso para mi, lo mismo que para todo el mundo, porque la vispera de mi desafio, tuvo otro duelo con un desconocido, y la desgracia de ser muerto en él de una estocada.

Doc. (*estrechándole la mano.*) Permitid entonces que os dé mi mas cordial enhorabuena.

FED. (*á Pedro.*) Sabreis decirme qué camino tomó la señora condesa?

PED. Si señor; el que conduce al pueblo de Azpeitia; pero ya no deben tardar.

FED. (*tomando el sombrero.*) Voy á salirles al encuentro.

Doc. Pero reparad en que estais muy cansado; á qué molestaros, si los tendremos aqui de vuelta dentro de breves instantes?

FED. No importa!.. Asi podré verla con diez minutos de anticipacion. Tengo tantas cosas que decirle! Hasta luego, Doctor. (*le estrecha la mano y sale vivamente por el fondo.*)

PED. (*gritando desde la puerta.*) Todo el camino derecho, caballero... á la izquierda hallareis un bosque de castaños; desde alli se vé ya la venta.

### ESCENA IV.

Dichos, menos FEDERICO; sale TERESA. El Doctor vuelve á sentarse y coge el periódico. Teresa por la izquierda con una bandeja, dos copas y dos botellas, una de rom y otra de agua que coloca sobre la mesa.

TER. Estais servido. (*vase Teresa.*)

ALF. Gracias, muchacha!

PED. (*que ha estado mirando los arreos de caza.*) Cómo es esto, señor don Alfredo? Os volveis con la percha vacia?

ALF. Y qué le hemos de hacer? Esas malditas perdices están muy escamadas. Arrancaron bastante largas y yo estaba muy mal colocado cuando hice la punteria. Pero no importa, volveré dentro de un rato, y te prometo para esta noche dos pares por lo menos.

PED. Cuento con la promesa. (*vase.*)

### ESCENA V.

ALFREDO, DOCTOR; pausa.

ALF. Os molesta el humo, caballero?

Doc. No por cierto. Os doy gracias por la atencion. (*sigue leyendo.*)

ALF. Seria extraño, porque son excelentes cigarros de primera. Gustais? (*ofreciéndole la petaca.*)

DOC. Vuelvo á daros gracias, no soy fumador. (*saludando con política; momentos de silencio.*)

ALF. Y os entretiene la lectura de los periódicos?

DOC. Sin duda alguna.

ALF. Es una felicidad, caballero, de la que yo no participo. Cada uno tiene su opinion en esto como en cualquier otra cosa. Para mi todo lo que pasa en el mundo me es indiferente; asi es que no quiero saber nada de todas esas miserias que tanto preocupan á los demas. (*mezcla rom con agua y bebe.*) Sois médico, segun me han dicho?

DOC. Y siempre á vuestras órdenes, caballero. Y vos?

ALF. Yo? Yo no soy nada en el mundo... pero miento. Soy un hombre que se pasea con su baston en la mano burlándose de las ridiculeces de la sociedad moderna, por esa senda escabrosa y difícil que se llama vida. Aquí donde me veis, no he podido descubrir aun si soy un imbécil ó un hombre de talento. (*bebe.*) Veamos. Cuál es vuestra opinion?... Creéis que efectivamente soy un imbécil?

DOC. (*sorprendido.*) Caballero!.. No he tenido el gusto de conoceros hasta ahora, y no he podido...

ALF. Tranquilizaos, Doctor; soy demasiado filósofo y despreocupado para ofenderme. Quiero, por lo tanto, haceros juez en esta ocasion. En primer lugar, desprecio todo aquello que por ridículo que sea sanciona la costumbre y nuestra sociedad santifica. Aquí, donde me veis, tenía yo un nombre muy honroso por cierto, muy mimado de esa misma sociedad.... pero este nombre era para mi lo que un pesado fardo que molesta sobre nuestros hombros; asi que arrojé el fardo cuando bien me pareció, y tomé otro nombre cualquiera... Operacion que practico de vez en cuando, y no me vá mal... Al presente me llamo don Alfredo de Sandoval.

DOC. Ah!

ALF. Y es muy posible que mañana me llame Dionisio, Gustavo, Arturo... qué se yo?. El primer nombre que se me ocurra. Como todos ellos son de mi exclusiva propiedad, hago lo que mejor me parece. Esto tiene además la ventaja, de que si me asalta un dia cualquier mal pensamiento, si debo aparecer delante de los tribunales, mis ilustres antecesores no tendrán por qué avergonzarse, y es una ventaja para ellos... Tampoco he querido casarme, caballero; con la mala opinion que sustento del género humano, en general, y de las mugeres en particular, no hubiera podido hacer feliz á la mia. Qué decis? ¿Creéis por esto que mi corazon no es susceptible á impresionarse? Que no he amado nunca? En este caso, caballero, habeis formado muy mala opinion de mi persona. (*bebe.*) Si señor, muy mala.

DOC. Permitidme... Yo no he dicho nada de eso, y...

ALF. Entonces no me interrumpais. Yo he sufrido tambien; he recibido desengaños terribles; conservo aun mal cicatrizadas heridas que no deben curarse nunca. El mundo fué conmigo ingrato... Si, muy ingrato por cierto... hasta que un dia llegué á enamorarme perdidamente.

(*En esta escena debe el actor graduar la entonacion y viveza de su relacion, dándole un tinte de volubilidad y de amargura reconcentrada, animándose, escitado por el rom que está bebiendo, pero no confundiendo esta escitacion con la borrachera.*)

DOC. De alguna hermosa dama?

ALF. Si, caballero, de una hermosa dama que no tiene por costumbre ser traidora ni perjura. Su nombre...

«La naturaleza.» Me enamoré del sol, de las flores, de los mares y de las montañas. Admiré estasiado la Suiza, la Escocia, la Alemania, la hermosa América. Países todos que he recorrido por espacio de muchos años, y mi corazon latió lleno de júbilo contemplando los rayos del radiante sol de Rigi, ó refrescando mis abrasadas sienes en la orilla del perfumado lago de Niágara; he experimentado emociones terribles y sublimes, y he marchado como el judío errante embelesado en los sueños de mi fantasia; al salir de la esfera comun, he pulverizado con mi planta lazos absurdos que intentaron sujetarme un dia... y en medio de los caminos, al través de risueñas florestas y de escarpadas rocas, empuñando el baston del filósofo y del naturalista, he dormido en las cabañas, he reclinado mi cabeza sobre las rocas, y he despertado en fin embriagado con el aroma de las flores, mecido por la brisa de la mañana y por el arrullo de los armoniosos trinos de las aves; libre como ellas, y como ellas dueño de mi voluntad. Bien veis que hice perfectamente en no casarme, y que hubierais cometido grave error, tomándome por un imbécil. (*concluye de apurar la botella.*)

DOC. Sin duda alguna... (*Qué hombre tan original!.*) (*nuevo momento de silencio; el Doctor continua su lectura.*)

ALF. (*Pues, señor, no comprendo como puede haber hombres aun que se ocupen en leer periódicos!*)

LEO. (*dentro.*) Teresa! Teresa!

DOC. Ah! La condesa! (*tirando el periódico y levantándose. Pedro entra en la escena.*)

ALF. (*La Condesa? He ahí una muger que sin saber por qué me es antipática.*) (*toma la carabina y el frasco de pólvora.*) Pedro, te he prometido para antes de la noche dos pares de perdices, y mi promesa es sagrada. Hasta luego; Doctor, estoy á vuestras órdenes. (*saluda y vase por la izquierda.*)

DOC. Ese hombre está loco!..

### ESCENA VI.

DOCTOR, LEOPOLDINA, el CONDE, PABLO, EMILIO y TERESA; Teresa entra en la escena y se lleva la bandeja y las botellas que están sobre la mesa.

LEO. (*riendo.*) Ja, ja! Válgame el cielo, y que malos ginetes sois! Habeis de saber, Doctor, que Emilio se ha caído tres veces: el trote del caballo le hacia botar sobre la silla como si fuera una pelota. Positivamente en la equitacion sois digno émulo del insigne Sancho Panza.

DOC. Venis de Azpeitia, condesa?

LEO. No; en el camino cambiamos de idea, y haciendo una rápida contra-marcha nos hemos dirigido al puente de Urola, camino de Santa Cruz. Allí nos han servido una cerveza deliciosa.

DOC. (*Pues no hay duda que el pobre Federico estará divertido galopando en este momento por el camino opuesto!*)

LEO. (*con indiferencia.*) Doctor, á cuántos estamos?

DOC. A seis de setiembre, condesa.

LEO. Ya me figuraba yo que la estacion iba muy adelantada... Aquí hace ya mucho frio, señores; asi que... he determinado partir.

PAB. Cuándo?

LEO. Hoy mismo, si es posible. Pedro, á qué hora sale la diligencia?

PED. Señora, la de hoy hace ya mas de tres horas que se puso en camino para Pamplona.

LEO. Pues es necesario que me busques un carruaje

:

particular, cueste lo que cueste. No quiero dormir aquí esta noche... Tengo formada mi resolución, y deseo llegar á Pamplona mañana por la mañana. Dile á mi doncella que arregle en seguida los cofres y las maletas. (*vase Pedro.*)

Doc. Entonces, que busquen otro carruaje para nosotros.

Con. Verdaderamente, condesa, semejante resolución es una tiranía.

Leo. Qué quereis!.. Caprichos de muger!..

Pab. Cuando apenas hace mes y medio que nos robasteis de Madrid!

Leo. Qué yo os he robado? Este Bustamante es lo mas fátuo que he conocido! Ja, ja, ja! (*riendo estrepitosamente.*)

Pab. O que nosotros os hemos seguido, lo mismo da!

Leo. Sin embargo, no es lo mismo. Seriais tan amable, mi querido Emilio, que os tomaseis la molestia de acercarme ese canastillo, donde tengo mi labor á medio concluir? Son unos puños que me estoy bordando yo misma.

Emi. (*apresuradamente.*) Señora... por Dios! Mandadme siempre. Obligacion mia es obedeceros.

Leo. (*sonriendose.*) Mil gracias. Sois un guapo muchacho... menos cuando trotais á caballo. (*Emilio coloca el canastillo sobre un velador y levanta la tapa. Leopoldina saca un bordado de mano, y Emilio un bonito puñal que está en el canasto.*)

Emi. Diab!o! Tambien se encuentran armas ofensivas entre la costura de nuestra bella condesa!

Leo. Y qué tiene eso de extraño? Es un juguete, porque verdaderamente es una moneria, que me sirve para cortar y abrir los puntos del bordado.

Con. A puñaladas? Ingenioso es el procedimiento! Y el punzon no puede ser mas significativo.

Pab. (*riendose.*) Olvidas por ventura que la condesa es criolla?

Con. Es verdad; vos nacisteis en la Habana, sino me engaño?

Leo. Justamente: el 14 de mayo de 1827, á las seis y treinta y cinco minutos de la mañana. (*riendo á carcajadas.*)

Emi. De qué os reís, condesa?

Leo. De qué he de reír? De la manera cómo habeis venido todos vosotros á reuniros conmigo en estos baños y á tanta distancia de Madrid, llenos de esperanzas y de ilusiones.

Con. Teneis razon, condesa; lo mejor es reirse; pero esto no impedirá que seais muy culpable.

Leo. Yo!

Con. No me negareis que sois coqueta por instinto, y por costumbre.

Leo. No lo niego.

Con. Qué teneis una sonrisa encantadora!

Leo. Eso no debo yo decirlo. (*con coqueteria.*)

Con. Que haceis comprender la concesion de vuestros favores, y despues...

Leo. Qué quereis decir?

Doc. Si, condesa; el señor tiene razon; esperanzais á muchos por el placer de dar luego un horrible desengaño, al que cándido, inocente, se deja seducir por vuestros atractivos. Vuestra conversacion es una música que embriaga; el reflejo de vuestros ojos fascina. Yo, condesa, que únicamente soy vuestro amigo, que nunca aspiré á otro título, y que os sigo á todas partes con el solo objeto de estudiaros, he podido ver y apreciar la verdad que se oculta á los ojos de los demas.

Leo. Doctor, sin embargo de que en el mundo se recibe la verdad como valor negativo, yo os doy gracias; y le-

jos de ofenderme, confieso que sois un hombre de superior talento. Es exacto cuanto acabais de decir.

Con. Con que convenis en ello?

Leo. Sin duda alguna. Pero, no sabeis la causa, señores? Pues consiste en que no tengo corazon. (*se le cae un ovillo.*)

Pab. Diab!o!

Leo. Emilio, hacedme el favor de recoger ese ovillo de estambre azul que se ha caido.

Emi. Aquí está. (*lo recoge.*)

Doc. Segun eso, no habeis amado jamás?

Leo. Si por cierto... Tal vez por haber amado mucho! Escuchadme, y juzgad... Recuerdo que un dia... en aquella época habitaba yo en la Habana. Cierta joven se presentó á mi padre y le pidió mi mano. Mauricio, este era el nombre del mancebo, me dijo que me amaba, y yo le creí ciegamente; tenia yo entonces diez y seis años. Paseábamos siempre juntos por la orilla del mar, y me contaba con febril entusiasmo sus sueños de gloria, de amor y de felicidad, y yo me embriagaba con aquella deliciosa música que transformaba todo mi ser, que adormecía voluptuosamente mis sentidos. Llegó desgraciadamente un dia en que un incendio horroroso abrasó todas las plantaciones de mi padre, y en las que estaba reasumida su fortuna y la mia. Quedamos por consecuencia arruinados. Desde la mañana siguiente, Mauricio ya no volvió á presentarse á mi vista, y tres semanas despues, se casó con la hija de un rico comerciante holandés. Aquel dia, y al escuchar el órgano y las campanas que celebraban su boda, lágrimas bien amargas corrieron de mis ojos; lágrimas de fuego... lágrimas, en fin, que brotaban de un corazon virgen, y que los ángeles del cielo debieron bajar para enjugarlas! Pero los ángeles no se ocuparon de semejante cosa, y de pronto una risa loca, convulsiva, una carcajada histérica y desgarradora, sustituyó al llanto; conocí que al impulso violento de aquella carcajada, algo se habia roto dentro de mi ser; era el corazon, hecho pedazos, que de mi ser se partia, y desde aquel momento no tuve corazon. Al poco tiempo, como era jóven y bella, el señor conde de Monte-Sagrado me ofrecio su nombre y su fortuna; y acepté.

Con. Vuestro esposo era, segun tengo entendido, bastante anciano.

Leo. (*con indiferencia.*) Si, conde. Pero, qué me importaba á mi su edad? Yo no creía en el amor. A los dos años quedé viuda y dueña de una inmensa fortuna. Decidme ahora, doctor, decidme todos; no tendria mil veces razon, si mi conducta presente y las coqueterias que me echais en cara, fuesen un cálculo ó una venganza? (*con rabia.*) Si, yo quiero que otras lágrimas paguen con usura las que de mis ojos brotaron entonces; que venguen la desilusion y la muerte de mis creencias de virgen y de mi juventud sacrificada. Quisiera ver á todos los hombres á mis pies, llorando, tendiéndome sus manos en ademan de súplica, embriagados de frenético amor, de entusiasmo, de cariño, para poder despreciarlos, para complacerme en decirles: «la falta no es mia: uno de vosotros es el que me enseñó á burlarme de la grandeza de ese sentimiento divino... Atrás, señores míos, yo no tengo corazon.»

Doc. Os engañais, Leopoldina; vuestro corazon existe; nó lo dudeis...

Leo. No, doctor, no.

Emi. Existe, pero está dormido.

Doc. Tampoco; quiere hacerse la ilusion de que duerme, pero nó es así.

LEO. (*levantándose y sonriendo.*) Estaríais enamorado de mí, doctor?

DOC. Os juro que no.

LEO. Entonces, cómo se explica la tenacidad con que hace dos años me seguís á todas partes?

DOC. Os lo diré, señora, y vuestro claro ingenio lo comprenderá fácilmente. Soy un hombre original y curioso. La medicina ha sido para mí una ciencia de estudio y de recreo, y en ella he encontrado siempre remedios, no para curar, porque nosotros, condesa, no curamos, sino para ayudar á la naturaleza. Tuve buena suerte, y mi clientela estaba sumamente satisfecha, pero yo nada tenia ya que aprender en los libros, y los abandoné, para estudiar la naturaleza. Os encontré en el mundo. «Una mujer que no ama,» dice para mí, es una curiosidad que merece estudiarse; es una eharada viva, un logogrifo con faldas, y desde entonces, he jurado seguiros hasta que ameís á alguien, ó hasta que cualquier suceso inesperado opere la reaccion que necesariamente llegará; tal es mi convencimiento. El dia en que ésta se verifique, volveré á mis negocios, y punto concluido.

LEO. (*riendo.*) Ay doctor! Estoy convencida de que correréis detrás de mí por mucho tiempo.

DOC. Cómo ha de ser! Afortunadamente tengo muy buenas piernas aun.

EMI. Con que segun eso, condesa, vos no creéis en nada?

CON. Sois la encarnacion de la duda?

PAB. Y no hay un hombre que merezca compasion? Todos son unos malvados?

LEO. Creo, querido conde, que si ellos no se ahorcan á cada momento los unos á los otros, es únicamente por espíritu de cuerpo.

EMI. Estais en un error; los hombres no son tan absolutamente despreciables como suponéis.

LEO. Emilio, no podreis convencerme jamás.

CON. Emilio tiene razon, señora; existen aun hombres de corazon que os aman verdaderamente, y que...

LEO. (*riendo.*) Imposible! Imposible!

ESCENA VII.

Dichos, TERESA; con un pequeño ramillete de flores silvestres, por el fondo.

LEO. A quién buscas en esta sala, muchacha?

TER. Buscaba á Pedro Larrú, señora.

LEO. Y quién es ese Pedro Larrú?

TER. El camarero de la fonda, el muchacho que sirve á todos estos señores. Como sé que le gustan mucho las flores, y particularmente las de los naranjos enanos que están en lo alto de la roca negra, acabo de hacer una locura; me he encaramado hasta allí, y le traigo este ramillete.

LEO. Ah!

TER. Y á riesgo de despeñarme, porque á ese sitio no se atreven á subir nunca, sino los montañeses ó los pastores del pais.

LEO. Segun eso, Pedro es tu amigo!

TER. Es mas que mi amigo, señora, es mi novio, y dentro de algunas semanas debemos casarnos.

ESCENA VIII.

Dichos, PEDRO, entrando por la derecha.

PED. Los carruages estarán listos para las ocho.

LEO. Perfectamente.

TER. Querido Pedro, aqui tienes un ramillete que acabo de coger para ti. (*se lo coloca en el ojal de la chaqueta.*) Ahora me vuelvo á mis quehaceres. (*vase fondo.*)

PED. Gracias, Teresita, gracias...

LEO. Pedro, no eres tú el camarero de la fonda?

PED. Para serviros, señora.

LEO. Y amas mucho á Teresa?

PED. Que si la amo? Ya lo creo!

LEO. Segun me han dicho, es tu novia, y piensas casarte con ella?

PED. Dentro de un par de meses, todo lo mas.

LEO. Y no es una locura que un jóven como tú, se encierre para siempre en este lugar? (*cogiéndole del brazo con mucha amabilidad.*) Eres un guapo chico, buen mozo, complaciente, y si quieres venir á Madrid, serás mi cazador, y podrás enseñorearte sentado detrás de mi carretela.

PED. (*con orgullo.*) De veras? Seria vuestro cazador? Ay qué gusto!

LEO. Y allí encontrarás muchachas que valen cien mil veces mas que tu Teresa.

PED. Es verdad... es verdad!.. Pues no habia yo caido en ello!..

LEO. (*separándose.*) Pero bien conozco que esto es imposible... Vas á casarte con Teresa, y...

PED. Y eso, qué importa? Yo tengo tambien mi ambicion; si señor. Suspenderé la boda... ó no me casaré. Lo que me proponéis me conviene mucho mas.

LEO. Sin embargo, eso seria hacerla traicion; enganarla, causarla un grave pesar.

PED. Toma! Que se consuele, no he de perder yo por ella mi porvenir y mi acomodo.

LEO. Muy bien... Veremos... Qué bonito es ese ramillete! Quiéres obsequiarme con él?

PED. Con mucho gusto. (*sacándolo del ojal y presentándoselo.*)

LEO. Ya lo veis, señores, (*volviéndose á los caballeros que han presenciado en silencio toda esta escena.*) la prueba no puede ser mas convincente. Esa pobre niña, esponiendo su vida, ha recogido estas flores para venir llena de amor y de ternura á ofrecérselas á su amado... Para ella, este hombre es su vida, su alegría, su esperanza, lo es todo, en fin; y sin embargo, le veis dispuesto á abandonarla. Se desprende sonriendo, y sin el menor pesar, de estas pobres flores que debieran ser sagradas para él! Ya veis, señores, que me sobra razon para despreciaros, porque todos sois iguales... Yo no puedo creer en el amor; tal sentimiento no existe; es una grosera mentira. (*arroja el ramillete con desprecio.*)

PED. Ah! (*asombrado.*)

ESCENA IX.

Dichos, ALFREDO, que colocado en la puerta del fondo, ha escuchado el fin de esta escena. Se adelanta gravemente y recoge el ramillete del suelo.

ALF. El pobre ramo no tiene la culpa. (*á Pedro.*) La señora condesa tiene razon; Pedro, eres un necio y un miserable. Vuelve al lado de Teresa, recobra estas flores y haste digno, á fuerza de amor y de ternura, de que ella un dia coloque sobre tu sepulcro otras tan puras y tan perfumadas como las que hoy has despreciado. Son muy raras las viudas inconsolables... No es verdad, señora? Ve, pues, á abrazar á Teresa, y pídelas perdon, porque la debes diez años de felicidad, por haber podido escuchar un momento los malos consejos que el diablo acaba de murmurar á tu oido... Vete. (*Pedro sale como anonadado.*)

## ESCENA X.

Dichos, menos PEDRO.

CON. Y podreis decirme, caballero, qué significa semejante inconveniencia? Con qué derecho os permitis mezclaros en...

ALF. Con qué derecho, señor conde de Casa-Robles?

CON. Pues qué, me conocéis?

ALF. Que si os conozco! Perfectamente. Llevais un ilustre nombre, que ostentais, al parecer... dignamente. Sois el protector de cierta señorita, á quien, segun se dice, pertenecia vuestro título, y á la que, segun se dice tambien, se lo habeis escamoteado en un gracioso juego de cubiletes; niña infeliz, que pobre y miserable vive hoy en la calle de...

CON. (*ap. sumamente agitado.*) Silencio, por favor!

ALF. Qué diablos!.. No recuerdo la calle... pero no importa. El mas hermoso tronco de yeguas arrastran en el prado vuestro blasonado carruaje. Teneis palco abonado en la ópera, y finalmente, habeis hecho renovar hace muy poco tiempo todo el mueblage de vuestro palacio, por otro mas suntuoso y elegante... Cuánto os ha costado, mi querido conde? Ha sido la compra á plazo ó al contado?

CON. Caballero! (*ofendido y adelantándose.*)

ALF. Qué se ofrece, señor mio? (*cambia de tono, y se dirige á Pablo.*) Vos aqui tambien, señor de Bustamante? Capitalista insigne, cuyo sueño dorado es la pesquisa de un dote para redondear su fortuna... Ya se que aspirais á ser agente de cambio; pues, bien, lo sereis... lo sereis... Nunca faltan tontos en este mundo para formar clientela á un hombre del talento, que no puedo menos de reconocer en vos.

PAB. Pero vos, quién sois, caballero?

ALF. Yo? Un cazador de perdices, ya lo veis.

EMI. No, no; yo creo haberos visto otra vez, y juraria...

ALF. Vos, mi querido periodista? Tal vez. Miradme bien; pero no vayais á equivocaros, como le sucede generalmente con vuestro periódico, que pasa de opositor á ministerial, ó vice-versa, segun el viento que sopla, ó lo que es lo mismo, segun bajan ó suben los fondos de vuestra caja... y de vuestra conciencia...

EMI. Si, ahora lo recuerdo... Yo fui testigo en el duelo que sostuvisteis con Carlos de Montemar...

ALF. De veras? Os engaÑais, amigo mio. Yo no he conocido á ese caballero, ni sé quien es. Además, naturalmente soy tímido é inofensivo; tanto, que la vista de un florete ó de una pistola, me estremece, y casi me dan vahidos.

PAB. Entonces, es muy extraño, caballero... (*con insolencia.*)

ALF. Lo cual, sin embargo, no impide que esté siempre dispuesto á todo. Cuando en mi camino se atraviesan personas insolentes ó mal educadas, entonces procuro hacerme superior á mi natural timidez, y ya en el terreno, me porto regularmente, escogiendo bien una estocada de recurso, que no han podido pararme jamás, ó con una bala que no discrepa media linea del blanco, que escojo á mi punteria, y levanto la tapa de los sesos á mi adversario. (*Pablo retrocede.*)

LEO. (*que ha estado observando con los lentes.*) Y á mi, caballero, no me conocéis? No tendré alguna parte vulnerable que se preste á vuestra singular franqueza y jovialidad?

ALF. A vos, señora? Qué quereis que os diga? Os conozco tambien... Sois una muger adorable... encantadora. El mundo os admira, quema incienso continuamente en vuestras aras, y enaltece y sublimiza

cuanto de vos emana... Ese es el mundo! Pero al oir pronunciar el nombre de Leopoldina de Nivara, las madres de familia prorumpen generalmente en una exclamacion de espanto, no muy lisongera para vos, y ocultan á sus hijos entre sus brazos, temerosas de que vuestro hálito los emponzoñe.

LEO. De veras? (*riéndose.*)

DOC. Pero, caballero... (*adelantándose.*)

LEO. Dejadle decir, doctor! Es un original muy divertido...

ALF. Os conozco tanto, señora, que puedo aseguraros que únicamente existen dos personas que no deben temeros, y que no os temen; el doctor, que es un filósofo, y yo; yo, que no soy nada en el mundo!..

LEO. Oh! Si yo me propusiera...

ALF. (*riendo.*) El qué? Seducirme?..

LEO. Tal vez... Casi estoy por desafiaros...

ALF. Que disparate! Perderiais vuestro tiempo. Adios, condesa, estoy rendido con lo que me han hecho correr esas malditas perdices, y me voy á descansar. Señora!... Caballeros!.. (*saluda y vase izquierda.*)

## ESCENA XI.

Dichos, menos ALFREDO.

LEO. Oh! Esto es humillante!.. Hubiera tenido un placer en domesticar á esa fiera. (*se va haciendo de noche poco á poco; Teresa trae un quinqué y lo coloca sobre la mesa.*)

DOC. Me habia olvidado decir, Leopoldina, que nuestro amigo Federico está aqui.

LEO. Será cierto? Pobre muchacho! Y cuál es su objeto? Viene á baÑarse? En tal caso, ha recordado bastante tarde.

DOC. Verdaderamente no sé que decir... (*Pues señor, me voy convenciendo de que esta muger tiene razon; si he de llevar á cabo mi plan, me parece que tendré que correr mucho tiempo.*)

LEO. Y en dónde está Federico, que no le veo?

DOC. Salió á vuestro encuentro por el camino de Azpeitia. Yo le dirigi equivocadamente, aunque inocentemente.

LEO. Ja, ja, ja! (*riendo á carcajadas.*) Este doctor tiene una gracia algunas veces... Pobre chico!

## ESCENA XII.

Dichos, y FEDERICO.

EMI. Federico! (*adelantándose.*)

CON. y PAB. Qué feliz casualidad!.. (*dándole la mano.*)

FED. Señores!.. Señora condesa! (*saludando.*)

LEO. Qué milagro nos proporciona el placer de vuestra visita? Pero, amigo, llegais en tan mala ocasion, que partimos dentro de algunos momentos.

FED. Para Madrid?

LEO. Si.

FED. No importa. Volveré á ponerme en camino, porque yo no pienso abandonaros.

LEO. Ah! No lo permitiré. Estareis rendido, y necesitais descansar...

FED. No importa... estoy decidido... (*Pero antes quisiera hablaros un momento, sin testigos.*)

LEO. Señores, es preciso no descuidarse... Debeis ir á preparar vuestras maletas, que yo daré la voz de marcha en tiempo oportuno. Y vos, doctor, me acompañais tambien?

DOC. (*con gravedad.*) Hasta el fin del mundo... Ya os lo he dicho, y yo no falto nunca á mi palabra. (*vase.*)

ESCENA XIII.

LEOPOLDINA, FEDERICO.

LEO. (yendo á sentarse y cruzándose de brazos.) Ya os esencho.

FED. Señora! (turbado.)

LEO. Os veo turbado... conmovido!..

FED. No lo extrañéis; lo que tengo que deciros es tan importante para mi! Es cuestion de vida ó muerte, Leopoldina!

LEO. Me asustais!

FED. Os acordais de la última noche que pasamos juntos en el jardin de vuestra casa? Estábais triste, y os quejabais de vuestra suerte... «Mi alegría en la sociedad es una máscara, me digisteis; el mundo me cree dichosa, y únicamente vos comprendéis lo que sufro y el tormento que destroza mi corazón!» Pues bien, Leopoldina, hoy vengo á deciros... deseo, reclamo para mi la mitad de vuestros dolores ó la mitad de vuestras alegrías. Soy libre, mi fortuna y mi clase igual á la vuestra; Leopoldina, os amo con delirio y como ningun hombre ha podido amar en el mundo. Condesa de Monte Sagrado, queréis ser mi esposa?

LEO. (riendo.) Yo!.. Pero la que vos me haceis, es una peticion en regla?

FED. Condesa!

LEO. Con que me amais de veras?

FED. (con entusiasmo.) Con toda mi alma!

LEO. (levantándose.) Vamos, vamos, esto no puede ser mas que una broma! Ese enlace es imposible!

FED. Imposible! Y por qué?

LEO. Por qué? Porque verdaderamente me poneis en un compromiso. Hay respuestas que una muger no debe dar nunca, porque un hombre de talento las adivina siempre. Vos me amais? Y bien! Suponed que yo soy una ingrata... (Federico hace un movimiento.)

Vaya... me habeis adivinado... Dadme la mano y sentémonos. (Federico retrocede sin darle la mano.) Qué! Os negais á ser mi amigo?

FED. (con exaltacion.) Con que es decir que no me amais? Que todo ha sido un juego?

LEO. De la misma manera que vos habeis dejado de amarme dentro de quince dias, y dentro de un año, ó tal vez antes, os habeis casado con otra. Al encontrarme entonces en el paseo, en la ópera, en el baile, direis, con la sonrisa desdeñosa de la indiferencia: «Allí está Leopoldina; y pude yo enamorarme de esa muger? Qué necedad! Porque, no lo dudeis, amigo mio, concluimos siempre por encontrar ridículo todo aquello que creiamos sublime y poético, en un momento de enagenacion y de locura. Olvidamos fácilmente lo que creimos eterno, burlándonos de las lágrimas derramadas, y de los dolores sufridos. Esto no impedirá, sin embargo, el que os reserve siempre un wals en mis festines, un asiento en mi palco, y sobre todo, un lugar preferente en mi amistad.

FED. (desconcertado.) Entonces, todo ha sido un sueño! Pero, cómo se esplican aquellas noches de inefable dicha, pasadas á vuestro lado, y en las que pintándoos mi pasión...

LEO. Muy sencillo. Vuestra conversacion me era sumamente grata; vuestras visitas por consecuencia deseadas. Ahora me veo en la necesidad de perdonaros lo que de interesadas tuvieron.

FED. Pero... y aquel abanico caido á mis pies en el momento en que os hablaba de mi amor?

LEO. Sois aun muy niño, querido Federico! Los abanicos se hicieron para dejarlos caer, y los jóvenes de

veinte años deben á la galanteria la natural obligacion de recogerlos. Vos convertisteis en sustancia, lo que pudo ser muy bien un poco de coqueteria; pero nada mas.

FED. Con que decididamente rehusais?

LEO. Si vuestro proyecto no tiene sentido comun! No os ofendais! Deseo guardar mi independenciam, ser libre! Un marido yo! Qué locura! Habeis tenido una idea, Federico, cuyo solo recuerdo me hace estremecer.

FED. (amargamente.) Conozco que me engañé! Pero, qué tiene de extraño? Cuando recuerdo tantos deliciosos momentos pasados á vuestro lado, y la sonrisa con que alimentásteis mis esperanzas! Cuando recuerdo que abandonada vuestra mano entre las mias, correspondió mil veces á la dulce presion de una inteligencia cariñosa, cómo no dudar? Y todo ha sido un sueño, una ficcion, una mentira! Ah! No, no!.. Vos no me amareis, señora... pero yo os amo con el delirio de un amor virgen... Mi alma se acostumbró ya á este sentimiento sublime, y para arrancarlo de ella, seria preciso que me arrancárais primero el corazón! Si, si, yo no he tenido desde que os conocí mas que ojos para admiraros, corazón para idolatraros! Cuántas veces al veros rodeada de otros hombres, he querido decirles: «atrás, señores, ese es el ángel de mi esperanza; solo á mi deben pertenecer sus sonrisas, porque yo soy el único que verdaderamente la ama, y el que seguramente no la engañará nunca!

LEO. (El mismo lenguaje que usaba Mauricio para enloquecerme, y al fin me abandonó! Asi tal vez hablaría Pedro á la pobre Teresa, y sacrificaba hace un momento su ramillete sin dolor ni remordimiento!)

FED. Leopoldina, yo no puedo vivir sin vos! Es imposible, Dios mio! Tened de mi compasion! (llora.)

LEO. (Llora!.. Tambien lloraba yo, y el ingrato no vino á enjugar mi llanto!)

FED. Os juro, señora, que estoy decidido á poner fin á mi existencia! Sin vos, para qué la quiero? Me mataré señora, me mataré.

LEO. (riendo.) Si supiérais, Federico, cuántos antes que vos me han dicho lo mismo! Y sin embargo, viven, gozan y se divierten, sin acordarse de Leopoldina! Por lo demas, hicieron perfectamente, porque soy muy incrédula, respecto á los suicidios por amor.

FED. Por última vez, rehusais?

LEO. Por Dios, amigo mio, vais estando ya pesado con vuestras insufribles niñerías... Me obligareis á que pida socorro. (sonriendo con coqueteria.)

FED. (sonriendo amargamente.) Ah! No, no llameis!.. Verdaderamente mi pretension era absurda, mi proyecto necio... Mi esperanza loca! Os suplico que me perdoneis!

LEO. Me prometeis no pensar mas en ello?

FED. Lo prometo. (Teresa entra con la manteleta y capota de Leopoldina.)

LEO. Ah! Muy bien, Teresa. Partis con nosotros, Federico?

FED. No, condesa; estoy bastante fatigado, (aparentando tranquilidad.) y pienso descansar aqui.

LEO. Me parece bien; lo demas seria una locura! (poniéndose la capota en el espejo.)

FED. (viendo el puñal sobre el velador.) Es vuestro este juguete, Leopoldina?

LEO. Si, mi cifra se halla grabada en él. (continua en el espejo.)

FED. Si no temiese ser indiscreto, os suplicaria me lo regalaseis para conservar siquiera un recuerdo!

LEO. Con mucho gusto.

FED. Mil gracias, condesa. (*guardándose.*)  
 LEO. Cuidado, no vaya á serviros para el suicidio de que antes me hablabais... (*riéndose.*) Quedamos amigos?  
 FED. Oh! Perded cuidado. Me habeis curado completamente.  
 LEO. Mucho me alegro.  
 FED. Adios, condesa.  
 LEO. Adios, Federico. (*dándole la mano.*) Quedamos amigos?  
 FED. Hasta la muerte! (*sonriéndose, vase derecha.*)

## ESCENA XIV.

LEOPOLDINA, CONDE, DOCTOR, EMILIO, PABLO; despues, TERESA, y tres criados que atraviesan la escena con maletas, sacos de noche, etc., etc.

DOC. Ya estamos listos!  
 TER. Los carruages están prontos.  
 LEO. Teresa, alumbranos. (*Teresa coge el quinqué de encima la mesa; todos se dirigen al foro.*) Señores, me parece que hace una hermosa noche para viajar. (*Alfredo aparece en el dintel de la puerta de la izquierda, pálido y conmovido.*)

## ESCENA XV.

Dichos, ALFREDO; despues, PEDRO.

ALF. Condesa de Monte Sagrado, un momento.  
 LEO. Ah! (*que iba á salir, vuelve.*) Es el original que no aceptó mi desafio!  
 EMI. El famoso cazador de perdices!  
 ALF. Hace algunos instantes presumisteis aqui, señora, de vuestro poder mágico para haceros amar, y aun burlándoos de mis escentricidades, me desafiasteis, tratando de probar, que en vuestra mano estaba, volverme á mi el juicio como á los demas. Entonces me burlé de vos... ahora acepto el desafio. Dudareis?  
 LEO. Dudar yo? Arrojé mi guante; vos le habeis recogido; únicamente me resta el daros la tarjeta, y en ella encontrareis las señas de mi casa en Madrid. (*se la da.*)  
 ALF. No faltaré, señora.  
 DOC. (*ap. á Leopoldina.*) No sé por qué... pero no me agrada este desafio.  
 LEO. (*riendo.*) No tengais miedo, doctor; nos batiremos con armas corteses... Adios, amigo mio... ó mejor dicho, mi enemigo.  
 ALF. Adios, señora.  
 PED. (*entrando pálido y asustado, ap. á Alfredo.*) Ah, señor! No sabeis! Qué desgracia!  
 ALF. (*tapándole la boca.*) Silencio! Todo lo sé!  
 LEO. Vamos, señores; vamos, doctor! Desengañaos, está loco! (*salen por el foro. Alfredo se queda cruzado de brazos y en actitud amenazadora, mirándolos salir.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

Elegante gabinete en casa de la Condesa; tres grandes puertas en el fondo, que conducen á un salon preparado y adornado para el baile: lujo espléndido; jarrones de flores, ricos muebles.

## ESCENA PRIMERA.

MARIA, colocando los candelabros sobre el piano y sobre las mesas. El DOCTOR; poco despues, PEDRO.

DOC. La señora condesa?  
 MAR. Aun está en el tocador.

DOC. Bien, la esperaré. (*se sienta en una butaca.*)  
 UN CRIADO. (*entrando con un ramillete.* Este ramillete para la señora condesa, de parte del señor don Alfredo de Sandoval. (*vase.*)  
 PED. (*entrando por el fondo vestido con el traje de jockey.*) Esta carta para la señora, de parte de mi amo el señor de Sandoval.  
 MAR. (*tomando la carta.*) Voy á entregarla al momento, señor Pedro. (*vase izquierda.*)

## ESCENA II.

El DOCTOR, PEDRO.

DOC. (*viéndole.*) Pedro! Si, no hay duda! El mismo es!  
 PED. El señor doctor!..  
 DOC. Qué elegante estás! Mucho me sorprende el encontrarte aqui... y con ese traje!  
 PED. Pues nada tiene de extraño. Es que voy elevándome poco á poco; antes no era mas que un záfio campesino, y hoy he ascendido... al rango doméstico de confianza.  
 DOC. Y segun acabo de oir, al servicio de nuestro antiguo cazador de perdices?  
 PED. Precisamente; tuvo el buen señor la bondad de arrancarme de aquel maldito lugaron, y en seis meses que llevo á su lado, he perfeccionado mi educacion de una manera... asombrosa. Leo todas las novelas que se publican, y esto, como comprendereis, instruye perfectamente al que, como yo, busca modelos á quienes imitar. (*con afectacion cómica.*)  
 DOC. Te creia casado.  
 PED. Con Teresa, tal vez? Oh! de ninguna manera. Yo tenia ambicion, y á su lado, no hubiera podido satisfacerla... Ademas, en nuestra sociedad moderna, cuando un hombre se casa, se hunde para siempre.  
 DOC. Eso, regularmente, lo habrás leído en algun libro, no es cierto?  
 PED. Tal vez; pero no vayais á creer, señor doctor, que mi inconstancia ha impedido el que Teresa case con otro; asi me lo han dicho... Oh! (*con gravedad cómica.*) Las mugeres! Las mugeres! Yo no sé como se las componen, se parecen muchísimo á los gatos, que siempre caen de pies.  
 DOC. Y, eres feliz? Completamente feliz?  
 PED. Vaya! Como yo no podia imaginármelo ni en sueños... Jamás tengo que hacer; generalmente mi amo almuerza en el Suizo, monta á caballo á las tres, y yo le sigo á treinta pasos de distancia, en otro casi tan bueno como el suyo. Vamos á pasear al Prado, ó la fuente Castellana. Volvemos al anochecer, y en tanto que él come en el Cisne, casa de Cott, ó en la de L' Hardy, hago yo lo mismo en la de Europa, ó donde mejor me parece. Ya veis, que esto no puede menos de convenirme.  
 DOC. Es verdad... Y por la noche, esperas hasta muy tarde á tu señor?  
 PED. Hasta... las dos ó las tres de la madrugada; y cuando á esta hora no ha venido, puedo acostarme tranquilamente.  
 DOC. Ah! Con que falta algunas noches?  
 PED. Nada tiene de extraño. Concorre al Casino y juega... Por cierto que cuando gana, me da siempre una buena propina.  
 DOC. Y cuándo pierde?  
 PED. Oh! Entonces... entonces acostumbra á desahogar su mal humor sobre mis costillas con algun argumento contundente.  
 DOC. Tu señor es rico y buen mozo, lo cual me prueba que no le faltarán intrigas amorosas?

PED. Eso es lo raro! Señor doctor, lo creereis? Pues no le he conocido ni una siquiera. Sin embargo, me da mucho en qué pensar el que la otra noche, al entrar de pronto en su despacho...

DOC. Acaba. (con interés.)

PED. Ah! no, no puedo; dispensadme, los secretos de los amos deben ser un sagrado. Hasta la vista, señor doctor. (se dirige al fondo.)

DOC. (llamándole.) Pedro?

PED. (volviéndose.) Señor?

DOC. Ahora recuerdo que no te di propina al abandonar los baños de Cestona. Nuestra marcha fue tan precipitada...

PED. Y eso, qué importa? Ni me acordaba de ello.

DOC. Toma; quiero satisfacer mi deuda.

PED. Una moneda de oro!.. Señor, os habeis equivocado?

DOC. No por cierto; guárdala; pero escucha. Ahora estamos solos, y desearia que me digeras lo que viste al entrar en el gabinete de tu amo.

PED. Pero me guardareis el secreto?

DOC. Sin duda alguna.

PED. Por lo demas, es una vagatela. Figuraos que me hallaba yo á la puerta de su despacho, cuando escuché que sollozaban; al pronto me figuré que mi señor se habria puesto malo, y entré de repente en su habitacion. Mi señor estaba sentado delante de su mesa de despacho, y colocado sobre ella observé abierto un precioso cofrecito, que esconde siempre en su papelera, y en la mano tenia un retrato que contemplaba con avidez, brotando de sus ojos abundantes lágrimas!

DOC. (Ah!)

PED. Al verse sorprendido, escondió vivamente el retrato en el cofrecillo, cerrándolo en seguida, y guardando la llave en el bolsillo de su pecho; llave que no abandona jamás. Como tiene costumbre de ir á la ópera, he llegado á figurarme si este retrato será quizá de alguna cantante ó bailarina; las bailarinas son el demonio!

DOC. (sonriendo.) Es muy posible que tengas razon.

PED. Con que si el señor no me necesita ya, podré retirarme?

DOC. Espera un momento. (saca una cartera, escribe con lapiz algunas palabras, arranca la hoja y se la da á Pedro.) Ahora puedes marcharte. Cuando estés solo y en la calle, podrás leer ese papel y obrar segun mejor te convenga.

PED. Asi lo haré.

DOC. (mirando por la puerta izquierda.) La condesa! Vete. (á Pedro que sale fondo.)

### ESCENA III.

DOCTOR, solo, y meditando.

DOC. Sandoval tiene su palco bajo de proscenio en el teatro; es hombre de talento, y sin embargo, le he visto asistir seis ó siete veces consecutivas á la representacion del último baile, que por mas señas es bastante pesado... Ese criado acierta... alguna bailarina danza seguramente en este negocio... Pero, cuál será? Cual? Yo las conozco á todas, y... la condesa!.. Disimulemos.

### ESCENA IV.

LA CONDESA, DOCTOR.

LEO. Ah! Sois vos, mi querido doctor. (le da la mano, viste un traje de baile y trae en la mano el ramillete de Sandoval.) Os debo un eterno agradecimiento por

lo consecuente de vuestra amistad. Con vuestro permiso!.. (se sienta en el sofá, acerca el velador, en el que se encuentra una bandeja con varias targetas y cartas que va abriendo y leyendo rápidamente.) La baronesa de Vall-florido me dice que no puede asistir al baile, porque se siente algo indispuesta. Continuais asistiéndola, doctor?

DOC. (sentándose en un sillón al lado del sofá.) Sabeis, señora, que hace dos años que no he visto á nadie, y que solo me ocupo de una persona.

LEO. (sigue abriendo cartas.) Mil gracias, amigo mio.

DOC. Bonito ramo!

LEO. Es un obsequio de Sandoval.

DOC. De Sandoval?

LEO. No frunzais el ceño, rencoroso! Le odiais mucho?

DOC. Confieso que no es mi amigo, ni creo que llegará á serlo nunca. Y qué resultó de aquel famoso desafio? Ha llegado á amaros?

LEO. Creo que si.

DOC. Si no me engaño, ayer os visitó.

LEO. Si, cierto.

DOC. Y esta mañana tambien, porque vi su carruaje á la puerta de esta casa.

LEO. Tambien vino esta mañana, no puedo negarlo.

DOC. Y qué os dice?

LEO. Que me ama mucho.

DOC. Y lo dice bien?

LEO. Hay cosas que siempre se dicen bien, cuando el que las pronuncia es hombre de corazon y de talento, como lo es él.

DOC. Y vos, qué le respondeis?

LEO. Lo que cumple en sociedad á una persona bien educada.

DOC. Pero el qué?

LEO. Sabeis, doctor, que esta conversacion se asemeja mucho á un interrogatorio en forma? Si asi os place, designaremos un dia Sandoval y yo, y os avisaremos con anticipacion, para que asistais á una de nuestras conferencias amorosas. (riendo.)

DOC. Podeis reiros, señora, burlaros del interés que me inspirais, pero os aseguro que no haceis bien!.. Le habeis dado vuestro retrato en estos dias?

LEO. Mi retrato! Hablais con formalidad? Creéis que yo prodigo asi mis retratos? Pero... por qué me haceis semejante pregunta?

DOC. Por nada, señora... La franqueza de mis repetidas preguntas deberá pareceros estraña, pero lo que únicamente suplico á vuestra bondad, es que creais firmemente en la sincera amistad que os profeso. Si, condesa, si; os amo... no con ese amor loco y voluble de los jóvenes que continuamente os rodean. Mis cincuenta años perdieron hace tiempo ese derecho. Pero sí con una amistad verdadera y profunda; amistad desinteresada, que no engaña, que no acostumbra á hacer traicion. Por espacio de muchos años, mi única pasion ha sido la ciencia, mis libros y mis noches de insomnio y de trabajo; os hallé casualmente en mi camino, y tuve la felicidad de comprenderos, juzgándoos suficientemente digna de mi consideracion, de mi respeto y de mi cariño. He creído hallar en vos una naturaleza enferma, dolencia que no se cura sino á fuerza de amistad y de cuidadoso esmero; desde entonces os he consagrado todo el mio, y creo que nunca podrá seros molesto, porque no pide nada en cambio. Podeis no confiarme vuestros secretos, condesa, pero dejadme que yo los adivine. Permitidme que vele por vuestra felicidad, aunque sea de lejos, como si fueseis mi hermana mas querida, mi hijo predilecto. Vos no creéis en el amor? Sea. No amais... al pre-

sente, ni amareis tal vez nunca. Pero esta no es una razon para negar absolutamente que la amistad existe; y que los consuelos que presta, dulcifican las heridas de un corazon lacerado. Conozco que seré importuno algunas veces, que mi cariño os parecerá fastidioso; castigadme entonces... maltratadme á vuestro antojo, no por eso amenguará en lo mas mínimo. Voy á presentar un ejemplo palpable de la fidelidad. Tengo en mi casa un hermosísimo perro de Terranova; pues bien, cuando vuelvo de mal humor, sus caricias me importunan, y acostumbro á maltratarlo, y por qué? Porque sé positivamente que me quiere... que no morderá la mano que injustamente le castiga. Ahora bien, acepto franca y lealmente mi posicion, asi como espero acepteis vos desde este momento la verdadera amistad de un hombre honrado.

LEO. (*tendiéndole una mano que él estrecha entre las suyas.*) Amigo, mio, jamás me habeis hablado asi, y estoy conmovida!

DOC. Ahora, Leopoldina, procurad ser feliz; bailad, reid, cantad, yo en tanto... velaré por vos. (*Leopoldina se levanta, recoge su ramillete y se dirige al reloj.*)

LEO. Las diez!

DOC. (*mirando al suyo.*) Si, las diez y diez minutos.

LEO. Ah! (*con inquietud, se sienta.*)

DOC. (*Si estaré incomodando?*) Condesa, si soy importuno, decidmelo con franqueza.

LEO. Importunarme vos? Qué disparate!

DOC. Esperais alguna visita antes de la hora del baile?

LEO. No por cierto.

ANTONIO. (*en la puerta anunciando.*) El señor don Alfredo de Sandoval.

LEO. Ah! (*levantándose precipitadamente.*)

DOC. (*Y me decia que no esperaba á nadie!*)

### ESCENA V.

*Dichos, ALFREDO, en traje de baile.*

LEO. (*adelantándose y dándole la mano.*) Cómo tan temprano, mi querido amigo?

ALF. Pasaba casualmente por delante de esta casa... Vuestros criados me digeron que habiais concluido en el tocador... y me he tomado la libertad de hacerme anunciar confiado siempre en vuestra indulgencia.

LEO. Hicisteis perfectamente. (*Pausa. Señal de inteligencia entre Leopoldina y Alfredo; aquella vuelve á sentarse, y este se dirige al velador y ojea un album.*)

DOC. (*encogiéndose de hombros.*) (Pues, señor, no me cabe duda de que aqui sobra uno, y ese soy yo.)

LEO. (*volviendo la cabeza con indiferencia.*) Os vais, doctor?

DOC. Si, condesa; recuerdo en este momento que hace diez y ocho meses me llamaron para visitar á un enfermo que padecia cierta afeccion de pecho, y voy á hacerle mi visita.

LEO. Al cabo de diez y ocho meses, ha debido morir se ó estará ya curado. (*sonriendo.*)

DOC. No importa; si no se ha muerto, puede muy bien suceder que le aqueje alguna nueva dolencia.

LEO. Pero... volveréis pronto, no es verdad? Vuestra presencia es indispensable para hacer la partida de tresillo á la señora de Santa Cruz.

DOC. Mi carruage está á la puerta, y será cosa de pocos momentos. (*tomándole la mano y ap.*) Ya veis, Leopoldina, que mi amistad no es cansada. Si, os lo tengo dicho; castigadme, maltratadme á vuestro antojo, yo soy lo mismo que mi pobre perro. Siempre fiel, siempre leal! Caballero!.. (*saluda á Alfredo y se va.*)

### ESCENA VI.

*LEOPOLDINA, ALFREDO.*

LEO. Mirad si ha partido efectivamente; creo que nos escucha. (*Alfredo se ha dirigido á la puerta de la derecha, entreabriéndola.*)

ALF. No; ya baja las escaleras. Habla con Antonio. Al fin marchó.

LEO. (*yendo á sentarse en el sofá.*) Uf!.. Crei que no acabaria nunca!

ALF. Ese hombre me es antipático hasta el extremo!..

LEO. (*sonriéndose.*) Y por qué?

ALF. Porque siempre le encuentro de centinela á vuestro lado; no es un amigo ni un facultativo lo que poseis en esa alhaja, sino un agente de policia.

LEO. Estariais celoso?

ALF. Lo estoy de todo el mundo.

LEO. (*con coqueteria.*) Y... qué habeis hecho hoy?

ALF. Lo que ayer, lo que haré mañana, lo que hago siempre; pensar en vos.

LEO. Hace un momento el Doctor me preguntaba el resultado de nuestro famoso desafio. Verdaderamente no he sabido qué contestarle.

ALF. Pudisteis decirle que fui vencido, y que he perdido mi apuesta.

LEO. Repetidme otra vez esa palabra, pero ha de ser á mis pies, de rodillas sobre este almohadon, mi querido Alfredo. (*con coqueteria.*)

ALF. (*doblando la rodilla.*) Si, Leopoldina, si, he perdido porque os amo! (*le besa la mano, ella le levanta con coqueteria, y le hace sentar á su lado en el sofá.*)

LEO. (*cambiando de tono.*) Estuvisteis anoche en la ópera? Cuál fue la que ejecutaron?

ALF. La Luccia. Esa historia, ese poema encantador de una muger enamorada, que vive amando, que muere amando; y es correspondida por el sublime Edgardo; hasta despues de su muerte.

LEO. Pero ese libreto no es mas que una novela...

ALF. No, condesa, no; es una historia, es una verdad innegable, es la historia del mundo, la de vuestra misma madre tambien. Es preciso amar, Leopoldina, es preciso creer. Yo dudé algun tiempo... y acusé á Dios... pero hoy me arrepiento de haber blasfemado, porque os amo, y porque á vuestro lado he llegado á comprender que existe la verdadera, la única felicidad. Cuando he contemplado vuestra sonrisa por la primera vez, cuando me senti inflamado por el fuego de vuestra mirada, cuando llegué, en fin, á revelaros todo el tesoro de amor y de ternura que se encerraba en mi corazon... senti que vuestra mano temblaba entre las mias!.. Oh! no... no me lo negueis! Entonces levanté mi cabeza con orgullo, como se elevan las ramas de los árboles despojados ya de su verdura, y vi el cielo que me sonreia al través del espacio; humillado entonces y confundido, di gracias á Dios que me volvía á mis creencias y á mis esperanzas.

LEO. Y yo, Alfredo, lo que únicamente puedo decir es, que no me reconozco, y que no sé lo que pasa por mi desde hace algun tiempo.

ALF. Oh! Llegareis á creerme aun á pesar vuestro. No puede haber mentido la misteriosa voz que me ha dicho hace mucho tiempo, ama á esa muger... ella no amó jamás, pero á ti llegará á amarte con locura; en ella encontrarás el entusiasta amor que buscaste inútilmente; su corazon, en fin, se entregará libremente á ti, ese corazon que no habrá latido sino sobre el tuyo.

LEO. (conmovida y sonriendo.) Si... si... Todo eso será muy bello, muy poético, pero...

ALF. (levantándose y con seguridad.) Y la prediccion se ha cumplido, porque vos me amais, Leopoldina, hace mucho tiempo.

LEO. Yo? Que disparate!

ALF. Oh! no lo dudeis.

LEO. (turbada.) Os aseguro... que...

ALF. Si... que ambos hemos perdido en nuestro original desafio; no es esto lo que queriais decirme?

LEO. (turbada.) No... no es eso...

ALF. Vuestra conciencia es la que debe contestaros, y el tiempo descubrirá la verdad. A Dios, condesa.

LEO. Qué! Me abandonais?

ALF. Vuelvo en seguida; cómo podria pasar la noche sino estando á vuestro lado? Tengo que dar algunas órdenes...

LEO. (con coqueteria dándole la mano.) Y me amais tanto como aquel pobre Federico, que hizo la locura de suicidarse?

ALF. Federico!... (con voz sombría.)

LEO. Qué teneis?

ALF. Oh!... nada... nada. Aqui está otra vez vuestro querido Doctor; os dejo con él.

LEO. Siento en el alma que no sea vuestro amigo. Bien es verdad que no haceis mas que pagarle.

ALF. De veras? (riéndose.)

ESCENA VII.

Dichos, el Doctor.

Doc. Condesa! (saludando.)

LEO. Y vuestro enfermo?

Doc. Goza de perfecta salud, y hace dos dias que salió para Barcelona.

LEO. Os doy mi enhorabuena por tan famosa cura. (á Alfredo.) Querido amigo, os doy mil gracias por vuestra visita. No quiero deteneros, pero á condicion de que volvereis pronto.

ALF. Hasta luego, condesa. A Dios, caballero. (vase.)

Doc. Vamos! Esta vez ha sido mas atento conmigo de lo que acostumbra! Mas vale asi!

LEO. No debe estrañaros. Sandoval, aunque enemigo vuestro, nunca faltará á las prescripciones de la buena educacion.

Doc. Podrá suceder, pero estoy convencido de que no soy santo de su devocion.

LEO. El resentimiento os ciega, Doctor.

Doc. Y es efectivamente su verdadero nombre el de Alfredo de Sandoval?

LEO. Tal lo creo. No sé que interés podria tener en usar otro que no fuera el suyo.

Doc. Quién sabe? (Y Pedro que no vuelve!... Si no le habrá convenido mi proposicion?)

(Se escucha la música que toca un wals; las puertas del fondo se abren, dejando ver el segundo salon brillantemente iluminado. Los convidados se pasean y se saludan; movimiento y animacion general.)

LEO. Vamos, Doctor. El baile empieza. Olvidad vuestras ridiculeces, y sed amable, si es posible, por esta noche.

ESCENA VIII.

Dichos, el Conde, Emilio.

LEO. Aqui tenemos ya á nuestro querido conde. (se adelanta á darle la mano; ejecuta lo mismo con Emilio.)

Mil gracias por la exactitud!

Con. Podriais dudarle!

LEO. Continuais amándome siempre con aquella devoradora pasion?

Con. Ay, señora! Hoy tengo la desgracia de anunciaros que renuncié á semejante felicidad. He jurado, en lo sucesivo, no amar á ninguna muger... y en su consecuencia me he casado!

LEO. Pues no deja de ser lisongera para vuestra esposa la consecuencia y el juramento.

Con. Me guardaré muy bien de que ella lo sepa... Ojos que no ven, lo sabeis, corazon que no siente. En este mundo vivimos solamente de ilusiones.

LEO. Doctor... Vuestro brazo. Ayudadme á organizar la partida de tresillo de la señora de Santa Cruz.

Doc. Estoy á vuestras órdenes.

LEO. A Dios, amigos míos; vuelvo en seguida. (coge del brazo al Doctor y salen por el fondo, despues de saludar á varios convidados.)

Con. (sentándose en una butaca.) Qué os parece de todo esto, mi querido Emilio?

Emi. Lo que os tengo ya dicho varias veces. Es una muger especial, incomprendible. Esa muger es el angel caido, hermoso hasta en sus venganzas.

Con. Y Sandoval? Por lo visto no ha parecido aun...

Emi. No se hará esperar mucho, es lo aseguro. La fiera se domesticó. En el dia está perdidamente enamorado, y la condesa se burla soberanamente de él. (se rie á carcajadas.)

Con. Lo que me sorprende es el boato y el lujo que ese hombre despliega á nuestros ojos. Quién es? De dónde viene? Cuál es el origen de esa fortuna? Es un misterio incomprendible, y á veces me he preguntado á mi mismo, si seria la segunda edicion del Conde de Monte-Cristo, corregida y aumentada, y que como aquel vuelve á la tierra convertido en agente de la Providencia para castigar faltas cometidas anteriormente.

Emi. Quién sabe? Puede que tengais razon. Todo en ese hombre tiene un tinte lúgubre y misterioso... Pero calle! aqui tenemos á Bustamante! (Bustamante entra en la escena.) Qué tal ha estado hoy la bolsa? Se hacen muchas operaciones? El papel de carreteras y de ferro-carriles se eleva? Ya sabemos que se os puede dar el título de millonario.

Bus. Ay, señores!... Desde que fui nombrado agente de la bolsa, no juego por mi cuenta. (con petulancia.)

Con. Ya!

Emi. Pero haceis jugar á los demas? Esto es mucho mejor, mas divertido y menos espuesto; dígalo sino nuestro pobre y desgraciado amigo Federico, que se suicidó á nuestra salida de Cestona. Segun digeron los periódicos, fue la causa una considerable pérdida sufrida en el juego. Pobre muchacho!

Bus. Y á propósito de periódicos... Qué se hizo del vuestro, mi querido Emilio?

Emi. Le abandoné, porque ya no me era necesario, ni tenia objeto.

Con. Es claro!... Nombrado para una plaza en el consejo, le hubiera sido imposible atender á las dos oficinas á un tiempo.

Bus. Pero, vuestro periódico no era de oposicion? Cómo se explica entonces...

Emi. Ay, amigo mio! La explicacion está reducida á guarismos en cierto cuadernito que existe en todas las oficinas del gobierno, y que se llama nómina. (sonriéndose.)

Bus. Basta... lo comprendo. El ministro ha sido un cumplido caballero. Muchos años dure, y os doy la enhorabuena.

## ESCENA IX.

Dichos, LEOPOLDINA, convidados de ambos sexos que continúan paseándose en el fondo.

LEO. Cómo es esto, señores! Aquí en conversacion muy tranquilamente, y mis bellas convidadas reclamando vuestra presencia para una Sotiks?.. Al salon, señores, al salon! (toma el brazo del Conde y vá á salir al tiempo que el Doctor aparece.) Hola, Doctor!.. Y la partida de tresillo?

Doc. Ya la dejo completa é instalada.

LEO. Os abandono por un momento á vuestras meditaciones filosóficas. (riendo.) A Dios, Doctor... á Dios! (Este hombre parece mi sombra.) (sale seguida de todos, menos del Doctor.)

## ESCENA X.

DOCTOR, despues ALFREDO.

Doc. Será dichosa? Dios lo quiera.

ALF. (entrando por el foro.) El Doctor!.. Mi enemigo íntimo!

Doc. Hola, sois vos, señor mio? Pronto habeis dado la vuelta!

ALF. Os pesa?

Doc. A mí? No por cierto; me es absolutamente indiferente. Si no me engaño, es hoy la primera vez que nos encontramos solos, despues de aquella singular entrevista en los baños de Gestaña?

ALF. Es cierto.

Doc. Y como tengo muy buena memoria, recuerdo palabra por palabra toda la conversacion que tuvimos entonces.

ALF. Y podré saber, qué opinion formasteis respecto á mi persona?

Doc. Malísima!.. No direis que no soy franco.

ALF. Sin embargo, esa opinion en el dia...

Doc. Es exactamente la misma.

ALF. (sonriendo.) Me agrada en extremo vuestra franqueza.

Doc. Qué quereis? Yo soy asi... y es tarde ya para variar de carácter. Para probaros que tengo buena memoria, recuerdo que me digisteis que no teniais patria conocida y no queriais tenerla; que tomabais en el almanaque, y en determinadas ocasiones, el nombre de capricho que mas os agradaba; y yo, caballero, estimo en mucho mas el que conserva apego y cariño al hogar paterno, y tiene el noble orgullo de conservar el que recibió de sus padres, por feo que le parezca. Supongo que no os ofenderá mi franqueza. Me habeis pedido mi opinion, y os la doy tan leal como la siento.

ALF. Continúad sin temor.

Doc. Vivis como un duque. Teneis los mejores caballos y carruages que se pasean por Madrid. Sois inmensamente rico, y gastais como un príncipe; la buena sociedad os mima y os aplaude, sin detenerse á profundizar é investigar el origen de esa fortuna. Confesadme, señor de Sandoval, que en la corte se ven muchas existencias de logogrifo, pero tan original como la vuestra, ninguna. Yo prefiero aquellas que no se ocultan y que se destacan á la luz del dia, sin cobijarse en el misterio y la oscuridad. El que asi no piense, no podrá nunca ser del número de mis amigos. Creo que me esplico.

ALF. (despues de una breve pausa.) Caballero... Vivo

solo y como mejor me conviene; gasto ó derrocho mi fortuna segun juzgo conveniente y sin pedir nada á nadie, del mismo modo que guardo mis secretos para mi solo, puesto que son exclusivamente míos. Nada de lo que me acabais de decir me sorprende. Sé que me odiais con toda el alma; procurando hacer valer vuestros consejos al lado de la condesa, con el objeto de perjudicarme; lo que ignoro es el motivo que haya podido daros para semejante encono. Creo tambien, que cuando dos personas, por ejemplo, como nosotros, tienen un motivo cualquiera de enojo, sea legítimo ó no, existe un medio espedito para que situacion tan violenta se concluya. Se encargan dos amigos; arreglan las mejores condiciones, y queda terminado en media hora, bien en el Canal, en las tapias de San Bernardino, ó el camino del puente de San Fernando. (saluda.)

Doc. Cómo! Un duelo?

ALF. He llegado á figurarme que haceis como yo poco aprecio de la vida, y esta es la razon que me impulsa á proponeros el que terminemos una situacion que creo demasiado violenta para ambos. Sois el amigo íntimo de la Condesa de Monte-Sagrado; yo amo á esa muger, y naturalmente estamos espuestos á cada paso á encontrarnos frente á frente, y á tener un choque que mas ó menos violento; lo que os propongo, es el medio de evitar de una vez para todas ese choque.

Doc. Caballero, no es un duelo lo que en este momento me conviene, y sin embargo, os declaro la guerra.

ALF. Vamos... á vuestro modo? (riendo.)

Doc. Precisamente... á mi modo, y no es una guerra franca y leal la que os anuncio, no. Vos teneis vuestras armas... armas que yo no conozco; yo tomaré las mias donde pueda, y usaré de ellas como mejor me convenga. Todos los medios me serán lícitos siempre que contribuyan al fin que me propongo, y me proporcione el saber á ciencia cierta quién sois, de dónde venis y á dónde vais... Os haré una guerra sangrienta y desleal hasta que descorra el velo de vuestra existencia y de vuestro corazon. Os lo aviso con anticipacion, para que esteis en guardia. Estoy convencido tambien de que llegaremos á batirnos en otro terreno, pero será despues. Entonces, ó yo os mataré, en lo que creo hacer un servicio á la sociedad, ó vos me matais á mi y punto concluido. Si, lo que no espero, me engañase, y fueseis efectivamente un hombre digno de la condesa, entonces, caballero, os diria: «encontré á esa muger sola en el mundo, sin apoyo, sin amparo alguno, cercada de mil peligros que se habia creado ella misma; yo me hice el amigo de esa muger, desinteresada y lealmente, con el único objeto de protegerla; hoy conozco que el peligro era imaginario, y que vos, caballero, sois un hombre honrado, digno de su estimacion y de la mia. He sido un necio, un visionario sospechando de vos, y os pido mil perdones.» He ahí lo que yo os diria si me hubiera engañado, pero hasta entonces...

ALF. Y os engañais seguramente. Pero la Condesa me debe un wals y voy á reclamárselo... Con vuestro permiso. (saluda.)

Doc. Conque es decir que está convenido? Guerra á muerte!

ALF. Guerra? Sea como vos querais.

Doc. Por todos los medios?..

ALF. Corriente.

Doc. A Dios, pues, señor mio... Amigos, mas tarde tal vez, pero al presente...

ALF. Si, enemigos encarnizados. (saludando y riéndose.) A Dios, Doctor. Sois todo un hombre de bien. (vase.)

Doc. Mucho dudo que pueda yo decirle otro tanto.

ESCENA XI.

DOCTOR, solo; despues PEDRO.

Doc. La guerra está abierta y mi conciencia tranquila. Voy á preparar mis guerrillas y á romper el fuego inmediatamente. (Pedro asoma la cabeza por la puerta de la derecha.)

PED. Señor Doctor?

Doc. (con alegría.) Ah!.. Eres tú, Pedro? Leiste mi billete?

PED. (entrando como receloso.) Aquí está el cofrecillo. Pero por Dios, señor Doctor, no vayais á comprometerme. Me habeis dicho que me será devuelto antes de una hora.

Doc. No tengas cuidado; te cumpliré mi palabra. Ahora toma. (le dá un bolsillo.) Veo, Pedro, que te vas formando.

PED. Señor, hago lo que puedo.

Doc. Vete. (vase Pedro.)

ESCENA XII.

EL DOCTOR; solo; toca un timbre. Un criado aparece.

Doc. Suplicad á la señora condesa que me conceda dos minutos de audiencia en este gabinete. Aquí la espero. (vase el criado.) Oh! Leopoldina ama á ese hombre, y ese hombre es indigno de ella, puesto que la engaña; es necesario desenmascararle de una vez, para que arroje de su casa á ese aventurero. De todos modos cumplo con un deber sagrado.

ESCENA XIII.

EL DOCTOR, LA CONDESA.

LEO. Me llamabais, Doctor?

Doc. Si, Condesa, necesito haceros una pregunta. Amais de veras á don Alfredo de Sandoval?

LEO. Otra vez? Y para eso me habeis hecho llamar? Si será una monomania? Vaya, Doctor, á Dios; el baile me espera, y... (saluda sonriéndose.)

Doc. (deteniéndola.) Por favor, señora, respondedme; le amais?

LEO. Qué disparate!

Doc. Tanto mejor!

LEO. Por qué?

Doc. Porque ese hombre es indigno de vuestro cariño. He descubierto que tiene una querida.

LEO. Que locura!

Doc. El retrato de esa muger está allí... en ese cofrecillo que veis sobre la mesa. (Leopoldina levanta la cabeza, mira fijamente al Doctor, y corre al cofrecillo.)

LEO. La llave, Doctor. Pronto, la llave.

Doc. La llave? Pedidsela á él que no la abandona nunca. (Leopoldina toca en el timbre. Maria entra.)

LEO. Al momento... todas las llaves de mis cajones. El llavero debe estar sobre la chimenea de mi cuarto! Pronto! Qué os detiene?

Doc. Qué agitación!.. Señora!..

LEO. No... no es nada, Doctor... (procurando violentarse y aparecer risueña.) Curiosidad nada mas. Es el principal defecto de mi sexo. Deseo conocer á esa muger para... para reirme un poco. (Maria entra con las llaves. Leopoldina se las arrebató y la despiende.) Está bien; déjanos. (despues que Maria sale, prueba precipitadamente todas las llaves con mano

temblorosa.) Ah!.. Ninguna... ninguna!.. (arroja el llavero con desesperacion y procura abrir el cofre con las manos.)

Doc. Calmaos!

LEO. Pero... ayudadme, Doctor. Yo no tengo suficiente fuerza para violentar esta cerradura... Pero vos sois hombre, y vos me ayudareis.

Doc. Os sentis mala? (con cariño, tomándola una mano.)

LEO. No sé. Imposible me seria explicaros lo que experimento en este instante!.. Es un dolor extraño!.. Deseo llorar y no puedo! Mi corazon se oprime, porque... Si, si... Doctor... porque le amo, le amo con delirio, con idolatria!..

Doc. Mas bajo... mas bajo, en nombre del cielo.

LEO. Y qué me importa que me escuchen? La rabia me devora en este instante. Soy la leona herida que reclama venganza, y esa muger cuyo retrato está aquí... quiero saber quién es... Su nombre, Doctor, su nombre!.. Oh! Alfredo!.. Alfredo!.. razon tuviste al decirme un dia, que tu cariño me volveria loca!.. Pero esa muger!.. Esa odiosa rival... (Alfredo aparece en el fondo.)

Doc. El mejor que yo, podrá contestaros. (señalándole.)

LEO. Alfredo!.. Ah!.. (momento de silencio y agitacion en todos.)

ESCENA XIV.

Dichos, ALFREDO.

ALF. Qué sucede aquí? Estais temblando, Condesa?

LEO. (reponiéndose poco á poco y procurando sonreír.) No, no es nada. Una carta que acabo de recibir... con una mala noticia... con una mala noticia...

ALF. Y esa noticia debe ser un secreto para mi?

LEO. No por cierto... Tengo precision de marchar á la Habana inmediatamente. Me anuncian que la familia de mi esposo, cuyo título llevo, ha promovido un pleito que perjudica á mis intereses, y me veo obligada á presentarme allí. Pero... volveré dentro de un año...

ALF. Y estais decidida?

LEO. Si; y como la ausencia podrá ser aun mas larga, debemos olvidar desde hoy la extravagancia ó la locura de nuestros amores.

ALF. Olvidar nuestro amor? Jamás! (vivamente.)

LEO. El amor! No juguemos por mas tiempo con esa palabra, caballero!.. Creedme... amar es dar la vida, el nombre, la felicidad por el objeto querido; es arrojar á sus pies su porvenir, su grandeza, su fortuna; es atravesar los mares, es seguir hasta el fin del mundo al angel de nuestra adoracion!.. Ya os lo he dicho, Alfredo, no juguemos con esa palabra!..

ALF. Y no de otra manera os amo yo; no de otro modo comprendo el cariño tampoco. Y habia de perderos ahora? Imposible!.. Imposible!..

LEO. Partireis conmigo? (con resolucion.)

ALF. Si.

LEO. Que partireis? (en tono de duda.)

ALF. Sin duda alguna.

LEO. Sin pesar?

ALF. Cómo habria de pesarme, si cumplo con mi deber? Creo que amandoos he recibido la mision de Dios!

LEO. Y no dejais en Madrid ningun recuerdo?

ALF. Ninguno.

LEO. (dirigiendo una mirada al cofrecillo.) Segun eso, no amais á ninguna otra muger?

ALF. Yo!..

LEO. (con exaltacion, agarrándole de la mano.) Jurádmelo por... por la gloria de vuestra madre.

ALF. Mi madre? (*dudando.*)

LEO. Dudais?..

ALF. No, condesa, no dudo; lo juro por la gloria de mi madre. (*en tono solemne.*)

LEO. Mentis, caballero, y habeis sido perjuro, pues tenéis una querida.

ALF. Leopoldina!..

LEO. Me digisteis un día que no habíais amado nunca; aquella mentira era inútil, puesto que yo no tenía el derecho de estar celosa de un pasado que no me pertenecía. Pero al presente me habeis engañado de una manera infame!.. Teneis una querida, y yo tengo el derecho de decir que es una bastardia villana el burlarse de una pobre muger que como yo os entrega su corazón!.. Yo, la muger orgullosa, la muger coqueta, la muger vengativa que ha inclinado su cabeza ante vuestra mirada, que con ella me habeis fascinado, me habeis vuelto loca, porque... os adoro!..

ALF. Leopoldina!..

LEO. (*con escitacion creciente.*) Oh!.. No tengais cuidado, puedo hablar delante del Doctor. Sabe todos mis secretos... es mi amigo. No es verdad, Doctor, que sois mi único, mi verdadero amigo? (*estrechándole la mano.*)

Doc. Calmaos por Dios, os lo suplico!

LEO. Si estoy tranquila... perfectamente tranquila! Qué veis en mi para decirme lo contrario? Vosotros si que estais pálidos y agitados. Hablo á este caballero naturalmente, y sin incomodarme...

Doc. Condesa, por Dios!..

LEO. Y de qué hablábamos ahora? Ah!.. sí, de una muger, segun creo, cuyo retrato debe estar en ese cofrecillo. (*Alfredo se estremece al ver el cofrecillo.*) Ah!.. Conque vos, señor mio, llorais contemplando los retratos de vuestras queridas?.. Eso es muy poético!.. Muy sublime! (*cambiando de tono y con autoridad.*) Pronto, la llave de ese cofrecillo.

ALF. Pero...

LEO. La llevais siempre en vuestro bolsillo... lo sé.

ALF. (*resueltamente y despues de serenarse.*) Pues bien, es cierto.

LEO. Ah! Conque confesais?.. Lo habeis oido, Doctor? Al fin confiesa!

ALF. (*lentamente.*) Yo no sé por qué, pero hubiera deseado retardar este supremo momento todo lo mas posible; sin embargo, era preciso que llegara el día, y he aqui que se presenta sin yo proporcionarlo. Sea pues. Como ese cofre se encuentra aqui, lo ignoro, y tampoco trataré de averiguarlo. (*mirando al Doctor.*) Pero sois injusta conmigo. Os he dado mi palabra de honor; os he jurado que ese cofre no encierra ningun retrato de muger, y debisteis haberme creído; he aqui la llave. (*la condesa alarga tímidamente la mano para cogerla. Alfredo la retira.*) Será vuestra dentro de un instante.

LEO. Pero... (*impaciente.*)

ALF. Una palabra, Leopoldina. Me amais verdaderamente?

LEO. Con frenesí.

ALF. Entonces, por qué ocultar á la sociedad este cariño que me envanece? Os averguenza por ventura?

LEO. Avergonzarme!.. Me enorgullezco amando os. (*con entusiasmo.*)

ALF. Vuestros amigos están ahí... (*señalando los salones.*) Os atreveréis á decir delante de todos: «Este es el hombre á quien amo? Os presento á mi futuro esposo? (*Leopoldina se dirige precipitadamente á la puerta del fondo.*)

LEO. Señor Conde, Pablo!.. Emilio!.. Todos aqui.

## ESCENA XV.

Dichos, el CONDE, EMILIO y BUSTAMANTE que entran en la escena. Convidados de ambos sexos que aparecen en la puerta del fondo.

LEO. Señores, os presento al señor don Alfredo de Sandoval, (*presentándole de la mano.*) á quien amo, y mi futuro esposo. (*movimiento general de sorpresa.*)

ALF. (*friamente.*) Ahora he aqui la llave. (*Leopoldina le mira.*)

Doc. (*bajo á ella.*) En vuestro lugar, Condesa, no abriría ya el cofrecillo... no sé que presentimiento...

LEO. Quiero saberlo!

(*Aplica la llave á la cerradura, se detiene un momento y mira á Alfredo otra vez. Momento de silencio. Este permanece impassible y con los brazos cruzados; por fin se decide; abre el cofre, saca un retrato y lo contempla; dá un grito y cae en una silla, cubriéndose la cara con las manos.*)

LEO. Ah!

Doc. Federico!.. (*se acerca á socorrerla y ve el retrato.*)

ALF. (*con calma y gravedad imponente.*) Doctor, entre todos mis nombres de capricho, me olvidé revelaros el mio verdadero. Me llamo don Fernando de Toledo, señores, y soy el hermano mayor de Federico, asesinado hace un año por esa muger.

LEO. Fernando!.. (*con voz ahogada.*)

ALF. (*á Emilio.*) Tampoco os engañasteis, caballero; yo fui el adversario de Montemar en el duelo de que fuisteis padrino; pero lo que no pudo hacer entonces el hierro egerecido de un consumado espadachin, esa señora se encargó de consumarlo con un crimen. El pobre niño la creyó... no pudo hacerse superior al desengaño, y murió en mis brazos, dejando escritas estas líneas: (*saca una carta y lee.*) «Muerdo amando á la Condesa de Monte-Sagrado... por ella vivi... por ella muerdo.» (*saca de su pecho el puñal del primer acto.*) Reconoceis este puñal, señora? Lleva vuestra cifra!.. Magnífico presente, que os devuelvo, porque os puede servir para algun otro. (*lo arroja á sus pies.*)

Doc. Caballero!.. (*adelantándose.*)

ALF. Dejadme hablar ahora, porque hace un año que estaba esperando este solemne momento. Despues me hallareis á vuestras órdenes siempre, y como gustéis.

LEO. Pero... esto es un sueño horrible!.. Doctor.. amigos míos!.. D'liro... no es verdad? (*ve en tierra el retrato y el puñal.*) Ah! no, no!.. todo lo comprendo! Estoy perdida!..

ALF. (*acercándose á ella.*) Yo soy tal vez el agente de la providencia... el dedo de Dios... el angel de sus venganzas... Al presente vos me amais, casi tanto como él os amaba!.. Pues bien, yo no tengo para ese amor otra cosa... que el desprecio mas profundo!

LEO. Fernando!.. Fernando mio!.. (*llorando.*)

Doc. (*bajo á Alfredo.*) Caballero... á qué hora mis amigos podrán presentarse en vuestra casa?

ALF. Por la mañana. Dentro de veinte y cuatro horas será ya tarde. Parto para el Portugal. (*hace un movimiento para salir.*)

LEO. (*arrojándose á él.*) No!.. no... Fernando! A pesar de todo, yo te amo!.. Te amo!.. Perdon...!perdon para la pobre muger arrepentida! (*cae de rodillas con los brazos tendidos hácia él y en ademan de súplica.*)

ALF. Jamás!.. Al angel que está allá arriba, debeis implorar; únicamente Dios y él verán si deben perdonaros algun día.

LEO. Ah! (*se desprende de la condesa y sale precipita-*

damente. Todos le abren paso. La condesa se levanta para caer desmayada en los brazos del Doctor.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete elegante en casa del doctor. Puertas laterales y en el fondo. Muebles de lujo.

ESCENA PRIMERA.

EL DOCTOR, PEDRO.

Doc. Con que llegasteis ayer?

PED. Si señor; y hemos viajado mucho en poco tiempo, porque el amo no se hallaba bien en ninguna parte. Así que, no hemos parado desde que salimos de Madrid.

Doc. (ha tocado la campanilla.) Antonio, recoge ese cofrecito, ya sabes lo que debes hacer con él. Llevastes mis cartas? (Antonio recoge el cofrecillo que está sobre la mesa.)

ANT. Si, señor, y me digeron que no faltaria ninguno.

Doc. Cuando lleguen, condúcelos al salon. (Antonio sale.)

PED. Si vierais, señor, y qué largo me ha parecido este año! Particularmente desde que tengo ciertos remordimientos...

Doc. Remordimientos!.. Y por qué?

PED. En primer lugar, por ese maldito cofrecillo.... Despues, porque he sabido que Teresa no se casó, y que la pobrecilla continua llorando mi mala correspondencia. He sido un pícaro... si señor, un pícaro!..

Doc. Teresa te espera para que la cumplas tu palabra; yo te he puesto en buen lugar, y la he remitido mi regalo de boda... Dentro de ocho dias podrás partir á reunirte con ella, y ser hombre de bien.

PED. Hay, qué bueno sois, señor! Cómo podré pagaros!..

Doc. Contándome las particularidades de tus viages con don Fernando ó don Alfredo, lo mismo dá. Continúa siendo tan alegre y original como antes?

PED. Qué! No señor. Si parece un fraile cartujo! Con un genio que ha echado, que ya, ya! Si le hubierais visto muchas noches paseándose por las orillas del mar!.. Era su paseo favorito. Pues bien, hablaba sologesticulaba, movia los brazos, y á lo mejor se echaba á llorar como un chiquillo! Yo creo que la vista del mar produce melancolia... Si señor, á mi me ha sucedido lo mismo, contemplando las olas... He recordado mi pais, mis montañas y mi pobrecita Teresa. (entra Antonio y da una carta al doctor.)

Doc. Adios, Pedro, luego volveremos á vernos, y te daré alguna otra cosilla para los gastos de tu boda. Ahora vete por aqui. (señalando la puerta izquierda.)

PED. Con que me asegurais que mi Teresa?...  
Doc. Si, si, es siempre la misma; tan amante y cariñosa... Pero, vete.

PED. Adios, señor doctor. (vase.)

Doc. Adios. (cierra la puerta.) Está todo preparado?

ANT. Si señor, y tambien iluminado el salon.

Doc. Ahora que pase ese caballero. (El criado sale. Don Fernando aparece en la puerta derecha.)

ESCENA II.

EL DOCTOR, FERNANDO; se saludan gravemente; el doctor coloca dos sillones en el centro del teatro y se sienta, despues de haber rogado á Fernando que haga lo mismo.

FER. He recibido vuestra carta esta mañana... Son las nueve. Ya veis que soy exacto á la cita.

Doc. Mi carta ha debido sorprenderos, no es cierto?

FER. A qué negarlo? Me ha sorprendido efectivamente; me pareció que debiamos vernos en otro sitio. Hace un año esperé todo un dia á vuestros testigos, que no se dignaron honrarme con su visita; entonces me vi en la precision de emprender mi viage, y parti.

Doc. Muy pronto os convencereis de que no debia bairme, á lo menos en aquellos momentos. Pero, decidme, caballero, en vuestros viages no habeis recordado alguna vez á la condesa de Monte-Sagrado? El arrepentimiento no ha herido vuestro corazon?

FER. Arrepentirme! Y de qué? Ejecutando lo que hice, cumpli con un deber sagrado. (con amargura.)

Doc. Entonces no habeis perdonado todavia?

FER. (despues de un momento de silencio.) Si os hallaseis en mi lugar, tampoco vos perdonariais, caballero.

Doc. Yo? Ah! Señor don Fernando; he vivido bastante en el mundo para saber apreciar y distinguir lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, y cada año que ha pasado sobre mi arrugada frente, me ha hecho aprender y respetar la santidad de una divina palabra que se llama *Indulgencia*. Vos debeis tenerla para con aquella, que fue tal vez causa involuntaria de la muerte de vuestro hermano. (movimiento de Alfredo.) Comprendo vuestro dolor y lo respeto; pero le creo suficientemente vengado. Habeis perdido para siempre, y con una sola palabra, á Leopoldina de Nivara; habeis cerrado para ella las puertas del mundo, la habeis entregado al desprecio de la misma sociedad que la lisongeó en otro tiempo, qué mas quereis? Creo que estais harto pagado. Caballero, no lo dudeis; cada individuo tiene sus luchas, sus pasiones, y por consecuencia sus enemigos. Yo tambien tuve los míos... Un dia la calumnia vino á manchar con su hábito emponzoñado mi honra sin mancilla; pude vengarme, y me vengué; pero el duelo terminado, y mi venganza satisfecha, no solamente perdoné como cristiano, sino que como médico me apresuré á restañar la sangre que mi mano hizo correr de una profunda herida. La primer palabra que mi madre me hizo aprender en sus libros de devocion, fue la palabra *perdon*, y como no he olvidado jamás las primeras lecciones de mi madre, he meditado mucho sobre esta sublime frase. Dios perdonó á sus enemigos en la cima del Calvario, y el hombre no tiene el derecho á ser menos bondadoso que su Criador.

FER. (despues de un momento de silencio.) Pues bien, caballero, os lo confesaré sin verguenza; el nombre de esa muger se ha ofrecido á mi pensamiento muchas veces, pero el recuerdo de mi hermano se ha despertado al mismo tiempo; y esa sublime palabra de que me hablais ahora, ha espirado en mis labios y en mi corazon.

Doc. Y si la condesa hubiese muerto?

FER. Muerta! Leopoldina... muerta! (levantándose.)

Doc. (volviéndole á hacer sentar.) Sentaos, señor don Fernando, os lo suplico... La condesa existe!.. Unos dicen que se ha retirado á un convento... Suponen otros que viaja con un amante. Todas esas versiones son de todo punto falsas. Está en Madrid; pero ha sido preciso ocultarla por el pronto á los ojos del

mundo, porque ese mundo que perdona generalmente las faltas, no perdona jamás el escándalo. Es en mi casa, caballero, donde la condesa de Monte-Sagrado encuentra hoy un refugio contra las decepciones, el abandono, el desprecio de que vos la habeis rodeado; (*levantándose.*) hace un año que Leopoldina habita en esta casa... Quereis verla?

FER. Yo! (*levantándose.*) Y qué podría decirle? Mi venganza ha sido terrible!

Doc. Mas de lo que podeis imaginaros!

FER. La he perdido á los ojos del mundo, la he arrojado á la cara su secreto y el mio! Pero no ha muerto de dolor y de vergüenza... y esto sin duda es un beneficio que el cielo me concede! Si, doctor, si... en mis viages... en mis momentos de soledad... un pensamiento terrible cruzaba por mi imaginacion, despertando en mi alma los remordimientos! Me pareció siempre que la condesa no podia vivir con el peso de una acusacion tan odiosa, y entonces he retrocedido delante de mi venganza, de esa tumba que creia haber abierto bajo la planta de una infeliz muger... Pero esa muger ha podido resistir á la fuerza de su desgracia... Vive en fin, y en su consecuencia, comprendereis que mi perdon no es ya necesario á la condesa de Monte-Sagrado. (*La condesa pálida y en desorden, con la mirada fija, aparece en el dintel de la puerta izquierda.*)

CON. Quién me llama?

FER. Leopoldina! (*retrocediendo.*)

### ESCENA III.

*Dichos, LEOPOLDINA; se adelanta lentamente y en un éxtasis.*

LEO. Si... si... ese es mi nombre; vos le habeis pronunciado... Acepto el desafio... pero... ahora... parto de aqui; en Madrid volveremos á vernos; alli os probaré que... no tengo corazon.

FER. Cuán pálida está!

Doc. Pues qué, aun no lo habeis comprendido, desgraciado? Está loca!

FER. Loca!.. Loca!..

Doc. De toda su antigua opulencia, de todo aquel emjambre de adoradores importunos, únicamente la resta mi amistad, que no la abandonará jamás.

FER. Dios mio! Dios mio! Qué es lo que he hecho?

Doc. Ahora comprendereis por qué no me he batido con vos; hubiérais podido matarme, y mi vida era necesaria para alguno. (*señalando á la condesa.*)

FER. (*estrechándole la mano.*) Oh! Doctor!..

LEO. (*con alegría.*) Va á venir; me ha dicho que vendrá... y está aqui... miradle... Ah! Eres tú, Fernando mio? Coloca tu mano sobre mi corazon. Ves cómo late? Ha dormido por mucho tiempo, pero el eco de tu voz le ha despertado... Te amo!.. Te amo!..

Doc. Ya lo veis, Fernando, ni una palabra sale de sus labios para acusaros... No es su felicidad perdida la que llora, sino la pérdida de vuestro amor!

FER. (*tomándola una mano.*) Leopoldina! Leopoldina!

LEO. Quién me llama? Quién sois? Me traeis noticias suyas?... Está en Nápoles... ó en Florencia... yo no sé!..

Decidle de mi parte que me ha hecho mucho daño... mucho... pero... qué me importa? Le amo! Le amo!

FER. Estoy á tu lado, Leopoldina... Soy Fernando!..

Mirame bien! (*Leopoldina le mira y le rechaza.*)

Doc. Es inútil... no puede reconoceros!

FER. Oh!

LEO. Al partir me encargó que pidiera perdon á Fede-

rico... Pues bien... decidle que todos los dias hago oracion delante de su retrato. (*saca el retrato de su pecho.*) Miradle!

FER. Esto es horrible! (*momentos de silencio; Fernando y el doctor enjugan sus lágrimas.*)

LEO. Es la hora de mi plegaria... Dejadme orar... (*coloca el retrato sobre la mesa y se arrodilla delante de él.*) Federico! Federico! He sido muy culpable, bien lo sé. Me he burlado de tus tormentos... he reido de tu agonía, y tú, pobre niño, fuiste un mártir sacrificado á mi venganza... Perdon, Federico! Perdóname! Si, tus ojos se animan! Tu boca me sonríe! Bendito seas, Dios mio! Federico me perdona! Su hermano debe perdonarme tambien!

Doc. Sereis inexorable? (*cogiéndole la mano.*)

FER. (*con desesperacion.*) Doctor! Salvadla! Mi fortuna y mi vida son vuestras, si la volveis á la razon!

Doc. Salvarla! La ciencia en este caso es impotente! (*un reloj da las diez.*)

LEO. (*escucha.*) Las diez... y él va á venir... el baile está brillante... (*se detiene delante de un espejo arreglándose los cabellos.*) Este prendido no me sienta bien! Yo quiero que me encuentre bonita... que tenga celos de mi...

Doc. (*señalando á Fernando.*) Este es el momento... la única esperanza que me resta!

FER. Qué decis? (*con ansiedad.*)

Doc. Que voy á hacer una prueba que tengo preparada de antemano. Todas las noches, á esta misma hora, se figura hallarse en el baile... cree que habla con sus amigos... y un rayo de luz ilumina su razon, pero despues... contempla el retrato de Federico, y su locura aumenta progresivamente! Me concedeis el derecho de jugar el todo por el todo? La creeis bastante castigada? La perdonareis en fin?

FER. Soy yo doctor, el miserable indigno de perdon!

Doc. Entonces... Que Dios me ayude!

(*Se dirige al fondo, abre las puertas, y aparece un salon brillantemente iluminado como en el segundo acto. Pablo, Emilio, el conde y varios convidados se pasean: la música dentro toca el wals del segundo acto.*)

LEO. Ah! He aqui mis convidados! Buenas noches, Emilio... Adios, señor conde... (*en el dintel de la puerta del foro dando la mano y saludando á todos ellos.*) Qué bonito wals! No recuerdo á quién se lo tengo prometido... Me llamábais doctor? (*acercándose á él.*) Qué me deciais hace un momento? Que Fernando ama á otra muger? Pues bien, yo quiero conocerla.

ANT. (*entrando y colocando el cofrecillo sobre una mesa.*) Este cofrecillo para la señora condesa.

FER. Doctor! Qué vais á hacer?

Doc. Silencio!

LEO. (*con agitacion y retrocediendo.*) Ese cofrecillo! Le reconozco! No quiero abrirle! No le abriré... no, es el retrato de una muger lo que en él se encierra! (*retrocediendo llega hasta donde está el doctor que la coge una mano.*)

Doc. Condesa!

LEO. No! No!

Doc. Abrid ese cofre!

LEO. Jamás!

Doc. Os lo suplico.

LEO. Imposible!

Doc. (*con ansiedad creciente.*) Os lo mando! (*Leopoldina, dominada por el tono de autoridad del doctor, va lentamente hacia la mesa.*)

LEO. (*timidamente.*) Pero, sabeis que yo no tengo la llave! Alfredo la lleva siempre sobre su pecho!

FER. Tomadla... (*presentándole la llave.*)

(Leopoldina le mira fijamente: abre el cofrecillo con mano trémula y escitacion creciente: saca un retrato, y despues de dudar un instante le mira y da un grito.)

LEO. Fernando! Fernando!

DOC. Si, Fernando que os ama, y que está aqui!

LEO. Aqui! Dónde? Dónde?

(El Doctor coge de la mano á Fernando y se lo presenta: ella le mira fijamente, se pasa la mano por los ojos que se animan poco á poco, arrojándose en seguida en sus brazos llorando.)

LEO. Fernando! Fernando!

FER. Leopoldina! (*abrazándola.*)

LEO. No es esto un sueño?

FER. No... yo que te amo... y te debo una reparacion!

DOC. Se ha salvado! Dios mio! Gracias!

LEO. Pero... qué es lo que ha pasado por mi? Yo he debido ser víctima de una pesadilla horrible! Mi presente felicidad... no será una mentira? (*va al doctor y le tiende la mano.*) Amigo mio! Mi hermano! Mi cariñoso padre!

DOC. (*llorando.*) Si, si... vuestro amigo... Hoy es el dia mas feliz de mi vida. Concluyó la guerra entre nosotros, caballero, ahora dadme vuestra mano. (*á Fernando.*)

FER. Aun no, doctor, quiero hacerme primero digno completamente de estrecharla entre las mias.

DOC. Dónde vais?

FER. A cumplir con mi deber de caballero. (*se adelanta á la puerta del fondo.*) Emilio, Pablo, señor conde, todos aqui... (*tomando de la mano á Leopoldina y presentándosela.*) Señores, os presento á mi esposa la señora condesa de Monte-Sagrado. Mañana se firman los contratos, y espero que me hagais la honra de servirme de testigos.

DOC. (*estrechándole la mano.*) Bien, muy bien!

LEO. Gracias, Fernando mio! Gracias hombre generoso!

FER. Blasfemé, lo conozco, doctor; no creer en el amor es renegar de Dios; no perdonar es el remordimiento eterno. Yo he perdonado hoy, Dios me perdonará mañana.

FIN DEL DRAMA.

*Gobierno de la Provincia de Madrid.—Examinada por el señor Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.—Madrid 5 de julio de 1856.—El Gobernador—Cardero.*

*Advertencia.* El depósito de las comedias de la *Biblioteca dramática*, en que están incluidas las *del Museo y Nueva Galeria dramática*, y que antes se vendian en la libreria de Cuesta, calle Mayor, se han trasladado á la libreria de *Don Vicente Matute*, calle de Carretas, n. 8.

MADRID, 1856.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, 13, bajo.

¡Buenos días! (mirándose la mano) Bien, muy bien!  
 No, gracias, Fernando me lo agradezco mucho, pero  
 Fernando de Rivera, doctor en leyes, es el amor  
 de mi vida. Yo le perdono todo, pero perdona  
 a mí.

- FIN DEL DRAMA -

Gobierno de la Provincia de Madrid - Remanada  
 por el señor Conde de ...  
 Madrid, 18 de Julio de 1888 - El Gobernador - Cardona

El depósito de las copias de  
 la Biblioteca Dramática, en que están incluidas  
 las del Museo y Museo de Historia Natural, y que  
 antes se vendían en la librería de Gascón, calle  
 Mayor, se han trasladado a la librería de Don  
 ...

MADRID 1888

IMPRESA DE YICHTY DE SALAMA

Calle del ...

¡Buenos días! (mirándose la mano) Bien, muy bien!  
 No, gracias, Fernando me lo agradezco mucho, pero  
 Fernando de Rivera, doctor en leyes, es el amor  
 de mi vida. Yo le perdono todo, pero perdona  
 a mí.

El Doctor coge de la mano a Fernando y se lo pre-  
 senta. Ella le mira fijamente, se pasa la mano por los  
 ojos que se están poco a poco, atropándose en seguida  
 en sus brazos.

¡No! ¡No! ¡No! (mirándose la mano) Bien, muy bien!  
 No, gracias, Fernando me lo agradezco mucho, pero  
 Fernando de Rivera, doctor en leyes, es el amor  
 de mi vida. Yo le perdono todo, pero perdona  
 a mí.

¡Buenos días! (mirándose la mano) Bien, muy bien!  
 No, gracias, Fernando me lo agradezco mucho, pero  
 Fernando de Rivera, doctor en leyes, es el amor  
 de mi vida. Yo le perdono todo, pero perdona  
 a mí.

¡Buenos días! (mirándose la mano) Bien, muy bien!  
 No, gracias, Fernando me lo agradezco mucho, pero  
 Fernando de Rivera, doctor en leyes, es el amor  
 de mi vida. Yo le perdono todo, pero perdona  
 a mí.

El premio grande, o. 2.	3	4	José María, o. vía nueva, o. t.	1	7	La Feria de Ronda, o. 1.	2	8
El Pacto sangriento, o. la venganza corsa, t. 6 cuadros.	4	11	Juan de las Viñas, o. 1.	1	6	La Felicidad en la locura, t. 1.	1	5
El Paje de VWoodstock, t. 1.	1	5	Juan de Padilla, o. 6 cuadros.	3	11	La Favorita, t. en 4.	3	10
El Peregrino, o. 4.	3	9	Jacobo el aventurero, o. 4.	2	16	La fineza en el querrer, o. 3.	1	3
El Premio de una coqueta, o. 1.	2	4	Julian el carpintero, t. 3.	3	6	Las serias de Madrid, o. 6 cuadros.	9	14
El Piloto y el Torero, o. 1.	2	4	Juana Grey, t. 5.	2	8	Los Fueros de Cataluña, o. 4.	2	14
El poder de un falso amigo, o. 2.	2	5	Juzgar por apariencias, o. 3.	3	6	La guerra de las mugeres, t. 10 cuad.	6	18
El Perro de centinela, t. 1.	1	2	Jugar con fuego, t. 2.	1	3	La Gaceta de los tribunales, t. en 1.	3	4
El Porvenir de un hijo, t. 2.	3	2	Julio César, o. 5.	2	15	La Hija de Cromwell, t. en 1.	2	5
El padre del novio, t. 2.	2	4	Juan Lorenzo de Acuña, o. 4.	2	9	La Hija de un bandido, t. 1.	1	4
El pronunciamiento de Triana, o. 1.	2	9	Laura de Monroy, ó los dos Maes-			La Hija de mi tio, t. 2.	5	2
El pintor inglés, t. 3.	3	8	tres. o. 3.	2	8	La Hermana del soldado, t. 5.	2	9
El peluquero en el baile, o. 1.	2	5	Luchar contra el destino, t. 3.	2	8	La Hermana del carretero, t. 5.	2	10
El Raptor y la cantante, t. 1.	1	4	Luchar contra el sino, ó la Sortija del Rey, o. 3.	2	8	Las Huérfanas de Amberes, t. 5.	2	10
El Rey de los criados y acertar por carambola, t. 2.	2	5	llueven sobrinos!! o. 1.	2	5	La Hija del Regente, t. 5.	3	13
El robo de un hijo, t. 2.	2	8	Laura de Castro, o. 4.	3	3	Las Hijas del Cid y los infantes de Carrion, o. 3.	2	9
El rey mártir, o. 4.	2	7	Laura, (prólogo, epílogo), o. 5.	1	15	La Hija del prisionero, t. 5.	6	16
El Rey hembra, t. 2.	3	3	Lázaro ó el pastor de Florencia, t. 5.	4	12	La Herencia de un trono, t. 5.	2	11
El Rey de copas, t. 1.	2	3	Latreaumont, t. 5.	2	9	Eos Hijos del tio Trónera, o. 1.	3	3
El Robo de Elena, t. en 1.	1	5	La Abadia de Castro, t. 7 cuadros.	2	15	Los hijos de Pedro el grande, t. 5.	3	13
El Secreto de una madre, t. 3 y pról.	3	9	La Abadia de Penmarck, t. 3.	9	13	La honra de mi madre, t. 3.	3	5
El Seductor y el marido, t. 3.	3	4	La Alqueria de Bretaña, t. 5.	1	8	La hija del abogado, t. 2.	2	5
El sastre de Lóndres, t. 2.	1	5	La Barbera del Escorial, t. 1.	7	12	La hora de centinela, t. 1.	2	8
El tio y el sobrino, t. 1.	3	4	La Batalla de Clavijo, o. 1.	2	3	La herencia de un valiente, t. 2.	1	4
El terremoto de la Martinisa, t. 5.	2	12	La batalla de Bailen, zarzuela, o. 2.	»	4	Las intrigas de una corte, t. 5.	4	7
El Tarambana, t. 3.	4	8	La banda roja, o. 3.	2	8	La Ilusion ministerial, o. 3.	3	9
El tio y el sobrino, o. 1.	2	3	La Berlina del emigrado t. 5.	2	5	La Joven y el zapatero, o. 1.	2	3
El Trapero de Madrid, o. 4.	9	14	Los Consejos de Tomás, o. 3.	3	16	La Juventud del emperador Carlos V., t. 2.	2	5
El Tio Pablo ó la educacion, t. en 2.	2	7	La costumbre es poderosa, t. 1.	2	6	La Jorobada, t. 1.	1	5
El testamento de un soltero, t. 3.	2	3	La cadena, t. 5.	2	8	La Ley del embudo, o. 1.	4	4
El talisman de un marido, t. 1.	2	4	Los celos de una muger, t. 3.	5	5	La limosna y el perdon, o. 1.	6	
El tio Pedro ó la mala educacion, t. 2.	2	7	La cola del perro de Alcibiades, t. 3.	2	6	La loca, t. 4.	3	4
El toro y el Tigre, o. 1.	3	3	La caverna de Kerougal, t. 4.	1	10	La loca, ó el castillo de las 7 torres, t. 5.	2	11
El Tejedor de Jativa, o. 3.	3	6	La coqueta por amor, t. 3.	3	4	La Muger eléctrica, t. 1.	2	3
El Tejedor, t. 2.	1	7	La corte y la aldea, o. 3.	2	8	La Modista alferez, t. 2.	3	6
El vaso de agua, ó los efectos y las causas, t. 5.	2	5	Los cabezudos ó dos siglos despues, t. 1.	2	7	La Mano de Dios, o. 3.	2	7
El Vivo retrato, t. 3.	1	6	La calumnia, t. 5.	3	6	La Moza de meson, o. 3.	5	12
El vampiro, t. 1.	2	7	La castellana de Laval, t. 3.	2	9	La madre y el niño siguen bien, t. 1.	2	6
El último dia de Venecia, t. 5.	2	9	La Cruz de Malta, t. 3.	2	8	La marquesa de Seneterre, t. 3.	3	3
El Ultimo de la raza, t. en 1.	2	4	La Cabeza á pájaros, t. 1.	2	5	Los malos consejos, ó en el pecado la penitencia, t. 3.	2	9
El Ultimo amor, o. 3.	2	5	La Cruz de Santiago ó el Magnetismo, t., en 3 a. y un prólogo,	2	8	La muger de un proscrito, t. 5.	3	6
El Usurero, t. 1.	2	4	Los contrastes, t. 1.	2	5	La muger que pierde sus ligas, t. 1.	1	2
El Zapatero de Lóndres, t. 3.	3	9	La Conciencia sobre todo, t. 3.	2	4	Los Mosqueteros de la Reina, t. 3.	5	8
El zapatero de Jerez, o. 4.	3	3	La cocinera casada, t. 1.	3	4	La Mano derecha y la mano izquierda, t. 4.	3	11
Fausto de Underwal, t. 5.	1	13	Las Camaristas de la Reina, t. 1.	7	6	Los misterios de Paris, primera parte t. 6 cuadros.	6	14
Fuerte Espada el aventurero, t. 5.	3	7	La Corona de Ferrara, t. 5.	3	7	Idem segunda parte, t. 5 cuadros.	8	16
Fernando el pescador ó Málaga y los franceses, o. 3 actos y 10 cuad.	3	15	Las colegialas de Saint-Cyr, t. 5.	2	7	Los Mosqueteros, t. 6 cuadros.	2	14
Gustavo III ó la conjuracion de Suecia, t. 5.	1	11	La Cantinera, o. 1.	1	6	La Marquesa de Savannes, t. 3.	2	5
Gustavo V Vasa, o. 5.	2	16	La Cruz de la torre blanca, o. 3.	1	5	La Noche de S. Bartolomé de 1572, t. 5.	2	11
Gaspar Hauser ó el idiota, t. 4.	4	9	La Conquista de Murcia, por don Jaime de Aragon, o. 3.	2	11	La Opera y el sermón, t. en 2.	3	6
Guardapié III: ó sea Luis XV en caso de Mma. Dubarry, t. 1.	3	5	La Calderona, o. 5.	3	8	La Pomada prodigiosa, t. 1.	2	2
Guillermo de Nassau, ó el siglo XVI en Flandes, o. 5.	3	7	La Condesa de Senscey, t. 3.	3	4	Los Pecados capitales, magia, o. 4.	9	9
Geroma la castañera, zarzuela.	1	3	La Caza del Rey, t. 1.	2	6	Los percances de un carlista, o. 1.	3	9
Hasta los muertos conspiran, o. 3.	2	11	La Capilla de S. Magin, o. 4.	3	4	Los penitentes blancos, t. 2.	5	3
Honores rompen palabras, ó la accion de Villalar, o. 4.	2	8	La Cadena del crimen, t. 5.	5	9	La paga de Navidad, zarz. o. 1.	5	13
Herminia, ó volver á tiempo, t. 5.	3	5	La Campanilla del diablo, t. 4 y prólogo. Magia.	5	13	La Penitencia en el pecado, t. en 3.	3	6
Halifax, ó picaro y honrado, t. en 3. y un prólogo.	2	9	Los celos, t. en 3.	3	5	La Posada de la Madona, t. en 4 y prólogo.	4	9
Hombre tiple y muger tenor, o. 4.	5	5	Las cartas del conde-duque, t. en 2.	1	7	Lo primero es lo primero, t. 3.	2	5
Honor y amor, o. 5.	4	9	La Cuenta del Zapatero, t. en 1.	2	6	La Pupila y la péndola, t. 1.	2	6
Inventor, bravo y barbero, t. 1.	2	4	La doble caza, t. 1.	2	6	La protegida sin saberlo, t. 2.	1	6
Husiones, o. 1.	1	4	Los dos Foscari, o. 5.	1	11	Los Pasteles de Maria Michon, t. 2.	1	7
Isabel, ó dos dias de experiencia, t. 3.	4	4	La dicha por un anillo y mágieo rey de Lidia, o. 3. Magia.	4	9	Los Prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre, t. 5.	2	7
Jorge el armador, t. 4.	3	11	Los desposorios de Inés, o. 3.	3	3	La Posada de Currillo, o. 1.	2	3
Juí que jembra, o. 1.	3	6	Los dos cerrageros, t. 3.	2	22	La Perla sevillana, o. 1.	3	3
			Las dos hermanas, t. 2.	3	5	La Primer escapatoria, t. 2.	2	4
			Los dos ladrones, t. 1.	1	3	La Prueba de amor fraternal, t. 2.	3	5
			Los Dos rivales, o. 3.	2	9	La Pena del talion ó venganza de un marido, o. 5.	3	5
			Las desgracias de la dicha, t. 2.	1	3	La Quinta de Verneuil, t. 5.	4	10
			Las dos emperatrices, t. 3.	3	8	La quinta en venta, o. 3.	1	5
			Los dos ángeles guardianes, t. 1.	1	3	Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1.	3	4
			Los Dos maridos, t. 1.	3	3			
			La Dama en el guarda-ropa, o. 1.	2	4			

<i>La Reina Sibila, o. 3.</i>	2	6	<i>Perder ganando ó la batalla de da-</i>	2	3	<i>Una noche en Venecia, o. 4.</i>	2	12
<i>La Reina Margarita, t. en 6 actos.</i>	7	17	<i>mas, t. 3.</i>	2	3	<i>Un viage á América, t. 3.</i>	2	8
<i>La Rueda del coquetismo, o. 3.</i>	2	4	<i>Por tener un mismo nombre, o. 1.</i>	2	2	<i>Un hijo en busca de padre, t. 2.</i>	5	5
<i>La Roca encantada, o. 4.</i>	2	6	<i>Por tenerle compasion, t. 1.</i>	2	2	<i>Una estocada, t. 2.</i>	2	6
<i>Los Reyes magros, o. 1.</i>	5	8	<i>Por quinientos florines, t. 1.</i>	2	2	<i>Un matrimonio al vapor, o. 1.</i>	2	4
<i>La Rama de encina, t. 5.</i>	2	10	<i>Papeles, cartas y enredos, t. 2.</i>	2	5	<i>Un soldado de Napoleon, t. en 2.</i>	3	4
<i>La saboyana ó la gracia de Dios, t. 4.</i>	4	8	<i>Por ocultar un delito, aparecer cri-</i>	3	4	<i>Un casamiento provisional, t. en 1.</i>	3	4
<i>La selva del diablo, t. 4.</i>	1	15	<i>minal, o. 2.</i>	3	4	<i>Una audiencia secreta, t. en 3.</i>	2	9
<i>La Serenata, t. 1.</i>	3	5	<i>Percances matrimoniales, o. 3.</i>	3	3	<i>Un quinto y un pábulo, t. en 1.</i>	2	3
<i>La Sesentona y la colegiala, o. 1.</i>	3	4	<i>Por casarsel t. 1.</i>	2	3	<i>Un mal padre, t. en 3.</i>	4	4
<i>La Sombra de un amante, t. 1.</i>	2	3	<i>Pero Grullo, zarzuela o. 2.</i>	2	6	<i>Un rival, t. en 1.</i>	1	4
<i>Los Soldados del rey de Roma, t. 2.</i>	2	7	<i>Por camino de hierro o. 1.</i>	3	7	<i>Un marido por el amor de Dios, t. 1.</i>	2	3
<i>Los Templarios, ó la encomienda de</i>	1	14	<i>Por amar perder un trono, o. 3.</i>	3	6	<i>Un amante aborrecido, t. en 2.</i>	2	5
<i>Aviñon, t. 3.</i>	1	14	<i>Quién será su padre? t. en 2.</i>	2	5	<i>Una intriga de modistas, t. 1.</i>	8	8
<i>La Taza rota, t. 1.</i>	2	3	<i>¿Quién reirá el último? t. 1.</i>	1	1	<i>Una mala noche pronto se pasa, t. 1.</i>	2	1
<i>La Tercera dama duende, t. en 3.</i>	2	11	<i>Querer como no es costumbre, o. 4.</i>	3	5	<i>Un imposible de amor, o. 3.</i>	3	8
<i>La Toca azul, t. en 1.</i>	3	7	<i>Quien piensa mal, mal acierta, o. 3.</i>	3	5	<i>Una noche de enredos, o. 1.</i>	2	3
<i>La tía y la sobrina, o. 1.</i>	3	4	<i>Quien á hierro mata... o. 1.</i>	2	6	<i>Un marido duplicado, o. 1.</i>	3	4
<i>Los Trabucáires, o. 5.</i>	6	13	<i>Reinar contra su gusto, t. 3.</i>	2	4	<i>Una causa criminal, t. 3.</i>	6	6
<i>La vida por partida doble, t. 1.</i>	5	3	<i>Rabia de amor!! t. 1.</i>	3	3	<i>Una reina y su favorito, t. 5.</i>	3	16
<i>La Viuda de 15 años, t. 1.</i>	3	2	<i>Roberto Hobart, ó el verdugo del rey,</i>	3	6	<i>Un rapto, t. 3.</i>	1	11
<i>La Victima de una vision, t. 1.</i>	4	5	<i>o. 3 actos y prólogo.</i>	3	6	<i>¿Una encomienda!, o. 2.</i>	2	5
<i>La viva y la difunta, t. 1.</i>	1	3	<i>Ruel, defensor de los derechos del</i>	3	3	<i>Una romántica, o. 1.</i>	3	3
<i>Mariana, t. 5 a. y prólogo.</i>	3	9	<i>pueblo, t. 5.</i>	3	6	<i>Un Angel en las boardillas, t. 1.</i>	1	3
<i>Mauricio, ó la favorita, t. 2.</i>	2	5	<i>Ricardo el negociante, t. en 3.</i>	1	9	<i>Un enlace desigual, o. 3.</i>	4	5
<i>Mas vale tarde que nunca, t. 1.</i>	2	4	<i>Recuerdos del 2 de mayo, ó el ciego</i>	3	5	<i>Una dicha merecida, o. 1.</i>	1	4
<i>Muerto civilmente, t. 1.</i>	2	3	<i>de Ceclavin, o. 1.</i>	3	7	<i>Una crisis ministerial, t. 1.</i>	2	13
<i>Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1.</i>	1	3	<i>Rita la española, t. 4.</i>	2	10	<i>Una noche de Máscaras, o. 3.</i>	4	7
<i>Mi vida por su dicha, t. 3.</i>	3	5	<i>Ruy Lope-Dábalos, o. 3.</i>	2	10	<i>Un insulto personal, ó los dos cobar-</i>	2	4
<i>Maria Juana, ó las consecuencias de</i>	5	8	<i>Ricardo y Carolina, o. 5.</i>	3	4	<i>des, o. 1.</i>	2	4
<i>un vicio t. 5.</i>	5	8	<i>Si acabarán los enredos? o. 2.</i>	3	4	<i>Un desengaño á mi edad, o. 1.</i>	2	4
<i>Martin y Bamboche, ó los amigos de</i>	4	12	<i>Sin empleo y sin muger, o. 1.</i>	2	3	<i>Un poeta, t. 1.</i>	2	5
<i>la infancia, t. 9 cuadros.</i>	4	12	<i>Santi boniti barati, o. 1.</i>	2	4	<i>Un hombre de bien, t. 2.</i>	6	6
<i>Mateo el veterano, o. 2.</i>	2	7	<i>Ser amada por si misma, t. 1.</i>	1	3	<i>Una deuda sagrada, t. 1.</i>	1	4
<i>Marco Tempesta, t. en 3.</i>	2	5	<i>Sitiar y vencer, ó un dia en el Es-</i>	3	4	<i>Una preocupacion, o. 4.</i>	3	6
<i>Maria de Inglaterra, t. 3.</i>	2	11	<i>corial, o. 1.</i>	3	11	<i>Un embuste y una boda, zarz. o. 2.</i>	3	5
<i>Maria de York, t. 3.</i>	3	11	<i>Sobresaltos y congojas, o. 5.</i>	2	5	<i>Un tio en las Californias, t. 1.</i>	2	5
<i>Margarita de York, t. 3.</i>	3	11	<i>Seis cabezas en un sombrero, t. 1.</i>	2	5	<i>Una tarde en Ocaña ó el reservado</i>	2	6
<i>Maria Remont, t. 3.</i>	4	7	<i>Tom-Pus, ó el marido confiado, t. 1.</i>	3	7	<i>por fuerza, t. 3.</i>	2	6
<i>Mauricio ó el médico y la huérfana,</i>	3	4	<i>Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1.</i>	1	5	<i>Un cambio de parentesco, o. 1.</i>	3	2
<i>t. 2.</i>	3	4	<i>Trapisondas por bondad, t. en 1.</i>	3	5	<i>Yo por vos y vos por otro! o. 3.</i>	4	5
<i>Mali, ó la insurreccion, o. 5.</i>	1	10	<i>Todos son raptos, zarzuela o. 1.</i>	3	3	<i>Ya no me caso, o. 1.</i>	1	5
<i>Monge seglar, o. 5.</i>	3	7	<i>Vencer su eterna desdicha ó un caso</i>	2	5			
<i>Miguel Angel, t. 3.</i>	2	11	<i>de conciencia, t. 3.</i>	2	5			
<i>Megani, t. 2.</i>	2	6	<i>Valentina Valentona, o. 4.</i>	2	7			
<i>Maria Calderon, o. 4.</i>	2	8	<i>Vicente de Paul, ó los huérfanos del</i>	4	11			
<i>Mariana la vivandera, t. 5.</i>	3	9	<i>pueblo de Ntra. Sra. t. 5 a. 1 pról.</i>	4	11			
<i>Misterios de bastidores, 2.ª pte. zar. 1</i>	3	15	<i>Un buen marido! t. 1.</i>	1	3			
	3	15	<i>Un cuarto con dos camas, t. 1.</i>	2	8			
<i>Ni ella es ella, ni él es él, ó el capi-</i>	4	4	<i>Un Juan Lanas, t. 1.</i>	2	8			
<i>tan Mendoza, t. 2.</i>	4	4	<i>Una cabeza de ministro, t. 1.</i>	2	5			
<i>No ha de tocarse á la reina, t. 3.</i>	2	3	<i>Una noche á la intemperie, t. 1.</i>	1	1			
<i>Nuestra Señora de los Avismos, ó el</i>	3	7	<i>Un bravo como hay muchos, t. 1.</i>	1	3			
<i>castillo de Villemeux, t. 5.</i>	3	7	<i>Un diablillo con faldas, t. 1.</i>	1	2			
<i>Nunca el crimen queda oculto á la</i>	4	8	<i>Un pariente millonario, t. 2.</i>	3	6			
<i>Justicia de Dios, t. 6 cuadros.</i>	4	8	<i>Un avaro, t. 2.</i>	2	4			
<i>Noche y dia de aventuras, ó los ga-</i>	4	11	<i>Un casamiento con la mano izquierda, t. 2.</i>	2	4			
<i>lanes duendes, o. 3.</i>	4	11	<i>Un padre para mi amigo, t. 2.</i>	2	4			
<i>No hay miel sin hiel, o. 3.</i>	3	5	<i>Una broma pesada, t. 2.</i>	3	5			
<i>No mas comedias, o. 3.</i>	3	5	<i>Un mosquetero de Luis XIII, t. 2.</i>	2	5			
<i>No es oro cuanto reluce, o. 3.</i>	3	7	<i>Un dia de libertad, t. 3.</i>	7	4			
<i>No hay mal que por bien no venga, o. 1</i>	3	7	<i>Uno de tantos bribones, t. 3.</i>	9	5			
<i>Ni por esas!! o. 3.</i>	3	4	<i>Una cura por homeopatía, t. 3.</i>	5	4			
<i>Ni tanto ni tan poco, t. 3.</i>	4	4	<i>Un casamiento á son de caja, ó las</i>	3	8			
	4	4	<i>dos vivanderas, t. 3.</i>	3	8			
<i>Ojo y nariz!! o. 1.</i>	1	3	<i>Un error de ortografía, o. 1.</i>	2	3			
<i>Olimpia, ó las pasiones, o. 3.</i>	1	3	<i>Una conspiracion, o. 1.</i>	1	5			
<i>Otra noche toledana, ó un caballero</i>	2	8	<i>Un casamiento por poder, o. 1.</i>	3	3			
<i>y una señora, t. 1.</i>	1	1	<i>Una actriz improvisada, o. 1.</i>	2	3			
	1	1	<i>Un tio como otro cualquiera, o. 1.</i>	2	4			
<i>Percances de la vida, t. 1.</i>	2	4	<i>Un motin contra Esquilache, o. 3.</i>	2	9			
<i>Perder y ganar un trono, t. 1.</i>	2	3	<i>Un corazon maternal, t. 3.</i>	2	5			
<i>Paraguas y sombrillas, o. 1.</i>	3	12						
<i>Perder el tiempo, o. 1.</i>	2	4						
<i>Perder fortuna y privanza, o. 3.</i>	2	5						
<i>Pobreza no es vileza, o. 4.</i>	3	11						
<i>Pedro el negro, ó los bandidos de la</i>	1	10						
<i>Lorena, t. en 5.</i>	2	10						
<i>Por no escribirle las señas, t. en 1.</i>	3	3						

#### ADVERTENCIAS.

La primera casilla manifiesta las Mujeres que cada comedia tiene, y la segunda los Hombres.

Las letras O y T que acompañan á cada título, significan si es original ó traducida.

En la presente lista están incluidas las comedias que pertenecieron á D. Ignacio Boix y D. Joaquin Merás, que en los repertorios Nueva Galeria y Museo Dramático se publicaron, cuya propiedad adquirió el señor Lalama.

Se venden en Madrid, en las librerías de PEREZ, calle de las Carretas; CUESTA calle Mayor.

En Provincias, en casa de sus Corresponsales.

#### PRECIOS EN MADRID.

Las de la Biblioteca: En un acto, á 3 rs En 2, 3 ó mas actos, 4 rs. En Provincias abonarán UN REAL MAS por razon de portes.

Las que pertenecen al Museo dramático: En un acto, á 3 rs. En dos actos, á 4 rs. En tres ó mas actos, á 6 rs.

Las de la Galeria de Boix: En un acto, á 3 y 4 rs. En dos actos, á 5 y 6 rs. En tres ó mas actos, á 6 y 8 rs.

MADRID: 1851.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA, Calle del Duque de Alba, n. 13.

Véase el Suplemento.